

TU MEJOR AMIGA
de Anatoly Scherbin

A mi abuelo, Iósif Bogdanovich

El “bip bip bip” de un reloj electrónico marcó las once de la noche. El plazo se había cumplido.

Valentin Schimorodev miraba a través de la ventana del edificio sumido en la oscuridad salvo por la bombilla que pendía de un cable, y bajo la cual se hallaba una mujer de menos de veinte años, con las manos atadas en la espalda a través de los barrotes de la silla.

Levantó el tubo del teléfono para constatar que éste funcionaba. Sencillamente, la llamada que esperaba no se había producido.

- Tu padre te abandonó, querida – le dijo a la muchacha, a quien flanqueaban dos hombres de gran porte.

Ésta respondía sacudiendo la cabeza, haciendo ondear sus cabellos rubios, que destellaban bajo el brillo de la única fuente de luz en la habitación, amén del reflejo de la luna que llegaba desde el exterior.

Schimorodev se inclinó ante la joven que sollozaba en silencio.

- No quería que terminara así, pero tu padre es quien lo ha querido. Deberías estar enojada con él.

Se puso de pie y con su rodilla golpeó suavemente sobre los muslos de la muchacha, quien no se atrevía aún a mirarle.

- Ponla a dormir – le dijo al hombre del abrigo gris, un muchacho de nariz roma y pómulos rosados. - Llévala al Versupite y déjala allí – agregó poniendo en su mano las llaves del Moskvich.

El sujeto tomó a Laumina violentamente del brazo levantándola de un sacudón. Ella oponía una floja resistencia pero la fuerza de arrastre de su guardián era muy superior. A empujones la metió en el asiento del acompañante del vehículo de color azul marino y le aseguró el cinturón mientras le miraba reciamente respirando sobre su cara. Acto seguido, se dio la vuelta y entró por el lado del conductor. Encendió la radio, en la que sonaba una balada, una voz femenina cantando acerca de sueños de días pasados.

- Me imagino que quieres escuchar algo más alegre en estos momentos – le dijo en tono burlesco. - Yo también quiero otra clase de música para una cita con una chica como tú. - agregó tomándole la mano, de la que ella retiró la suya con evidente desagrado, inclinándose sobre la puerta del lado derecho.
- Como tú prefieras – replicó ofendido, dando un manotazo al sintonizador de la radio, cuya frecuencia cambió hacia la de una estación en la que sonaba una *chanson* francesa.

A esa hora el camino estaba convenientemente desierto, y tan oscuro que apenas se divisaban los carteles de tránsito. De todas maneras el chofer sabía hacia donde se dirigía. El punto señalado era una curva que realizaba el cauce del río antes de desembocar en una laguna.

El desconocido, que no le resultaba físicamente desagradable a su presa, le ofreció un caramelo de una bolsa que había sacado de la guantera. Laumina aceptó este extraño gesto de simpatía de parte de quien tenía por encargo el terminar con su vida y arrojar su exánime cuerpo al agua, si no se daba el tiempo de enterrarlo.

- Puedo hacerte una pregunta? - dijo ella rozándose la frente con las manos amarradas, quitándose los cabellos de delante de los ojos.
- Por supuesto.

- ¿Cuál es tu nombre?

Al conductor le extrañó la necesidad de esa pregunta en ese momento. Pero accedió a responder, pues al fin y al cabo ella moriría y sería mejor complacerle en todo antes de ejecutarla.

- Me llamo Uldis. Claro que aquí en la... la Agrupación, me conocen como Pichón, pero eso es porque entré de niño.

Sintió que se había excedido un poco en su explicación, pero tal como él mismo había dicho, salir con una muchacha así no era algo que le ocurriera a menudo, y antes de realizar un trabajo desagradable pensó que debía al menos pasar un momento placentero. Incluso si hubiera dicho al volver que había abusado de ella antes de matarla, el jefe no pondría ninguna objeción. Entonces, ¿porqué no encarar el asunto como un encuentro fortuito entre dos seres que bien podrían haber pasado un buen rato en circunstancias más favorables?

- Y tú eres... Laumina... es un bonito nombre, me gusta.

Poco podía importarle los cumplidos de este sicario, que estaba a punto de hacerle pagar con su vida las desavenencias entre su padre y Valentin Schimorodev, su feroz competidor tanto en la interna del joven pero influyente Partido Autonomista como en la industria del acero, en una época en la que la apertura económica ofrecía posibilidades ilimitadas de enriquecimiento a quienes tuvieran los recursos, los contactos y la audacia para alcanzarlas. Oleg Zuromsky y Valentin Schimorodev habían tropezado el uno con el otro constantemente desde el inicio de la carrera por la supremacía en ambos bandos, pero Zuromsky conservaba aún de su formación militar cierto sentido de la decencia y la legalidad del que Schimorodev, un muchacho de baja extracción que construyó su poder a la sombra del antiguo régimen como su eficiente brazo represor, carecía del todo.

Incapaz ya de disuadir a su incansable rival, Schimorodev creyó oportuno recurrir a uno de sus antiguos métodos, a saber, la

violencia vicaria. Informado acerca de los movimientos de la hija mayor de su oponente, envió a dos de sus muchos y leales colaboradores a “recogerla” a la salida de sus clases en la Universidad, en la que Laumina estudiaba Enseñanza Primaria. Y en su poder la había mantenido en una instalación industrial en aquella localidad costera, mientras que también por medio de terceros exigía en breves pero constantes comunicaciones telefónicas no sólo una compensación económica sino la retirada del padre de la rehén de aquellas actividades y puestos de influencia en los que su presencia perturbaba a su rival. Aún cuando no le hubiese sido advertido el no hacer público el asunto, poco caso hubieran hecho de él tanto otros de sus pares como la misma Policía, a la que no convenía incomodar a uno u otro potentado, mucho menos cuando además ostentara influencia política.

Zuromsky se vio impotente e incapaz de cumplir con las exigencias de Schimorodev, y sin quererlo había puesto a su propia hija en aquella situación. Cumplido el plazo fatal, mientras Laumina descendía del automóvil con menos violencia de aquella aplicada sobre ella cuando había subido, en un paraje oscuro y desconocido a la vera de un curso de aguas profundas, su familia esperaba la confirmación del desenlace fatal.

El sicario mantuvo el cañón de la pistola apoyado sobre la parte posterior del cráneo de Laumina durante el trayecto, de unos doscientos metros. A lo lejos, al otro lado del río, se veían los destellos de un par de casas. Rogi decidió internarse en lo más espeso de la arboleda, para no ser visto desde la otra orilla.

Puso una tarjeta en el bolsillo izquierdo de la chaqueta que llevaba puesta su víctima, a quien se le enredaban los bordes de la falda en la espinosa vegetación. Sintió un intenso dolor cuando fue forzada a apoyar sus rodillas en el suelo pedregoso y húmedo, sobre el que se doblaba el follaje bajo sus piernas.

Laumina sabía que ese momento inevitablemente llegaría, y que el joven intentaba mitigar su sufrimiento y acaso su propia culpa con el trato suave y hasta tierno que le prodigaba, pero que no dejaría de cumplir con su deber. Tal como lo había dicho Schimorodev, en sus últimos momentos los pensamientos de la oveja propiciatoria se elevaban con rabia y decepción hacia la figura de su padre, que había sentido siempre ausente y lejana pero ahora con mayor razón. De haber recibido una formación cristiana, podría haber dicho como el gran Varón, “¿Porqué me has abandonado?”.

Pensaba que sería sólo un momento de dolor; no sintió nada.

Pensaba que no alcanzaría siquiera a oír los disparos; oyó dos. Oyó las balas rozando su cabeza. Luego oyó a su asesino, sí, a aquel que le estaba enviando a la muerte, decir una sola palabra:

– Corre.

Aturdida, miró hacia atrás y vio como éste se alejaba. Se miró a sí misma, mesándose los cabellos con ambas manos. Ni un rastro de sangre. Se levantó y corrió, con fuerzas que no sabía que tenía. Corrió a través de la arboleda, primero pensando que lo anterior había sido una falsa redención y que el sicario jugaría a la persecución de su presa. Luego corrió hacia el agua, cuando oyó el motor del automóvil alejarse. Apoyó la cabeza contra el tronco de un árbol, y bajo la luz de las estrellas sacó primero el trozo de papel del bolsillo y luego uno de aquellos dulces que él le había convidado y que también dejó en su chaqueta.

La voz serena y apacible de la maestra acalló el ensordecedor ruido de mochilas abriéndose, zapateo febril e intercambio de palabras de desafío y aliento de unos niños a otros. Todos a una se sentaron, mudos, con sus manos cruzadas sobre el pupitre.

- Soy la señorita Privrilova, y seré su maestra durante este curso – anunció la mujer, apenas pasada de los veinte años. - Ustedes son mi primera clase, pues acabo de graduarme de la Universidad. Espero que la primera sea la mejor, y que desde este momento nos llevemos muy bien.

Las niñas admiraban su cabello sedoso y brillante, de un color castaño claro, y sus zapatos formales pero que a la vez parecían muy cómodos y le daban un aire de dignidad y elegancia a pesar de su juventud. Los niños se concentraban en sus ojos y en la manera en que sus labios se movían al son de cada palabra. Y a todos les llamaba la atención el brazalete dorado con incrustaciones que la manga de su camisa no alcanzaba a ocultar, pues éste se deslizaba por su muñeca y parecía querer escaparse, siendo detenido por el ancho de su mano, que no era demasiado grande.

- Ahora bien- continuó diciendo- vamos a comenzar la clase de Ciencias de la Naturaleza. Voy a pasarles una hoja en blanco y cada uno de ustedes escribirá su nombre y al lado su animal y su fruta u hortaliza favorita. Si es que a alguien aquí realmente le gustan las verduras – dijo acompañando estas palabras con

un guiño del ojo derecho. Los niños respondieron con un estallido de risas y algunas expresiones de disgusto ante la mención de tales elementos. Una niña de cabello rizado más bien corto levantó la mano. Su intervención fue interrumpida por la apertura de la puerta.

En el pasillo encontró a una de sus compañeras, y a un pequeño de cabello cobrizo y brillantes zapatos negros, de brazos cruzados y apegados al infantil cuerpo, cuya cabeza caía pesadamente sobre el pecho. Con expresión de enfado que podía adivinarse en las arrugas de su frente, miraba hacia el suelo.

- Intentó escaparse, pero le contuvimos a tiempo, el celador y yo-explicó su colega, cuyos alumnos observaban agrupados en la puerta de otra sala. - Le tuve el año pasado, por eso nos conocemos, y supe que es uno de los tuyos. - agregó acariciando el cabello del rebelde alumno.
- Muchas gracias, señora ...
- Podliskaya – respondió ésta, una mujer entrada en años y cuyas pequeñas orejas lucían rojos pendientes que contrastaban con la palidez de su piel y su cabello ya canoso. - Este pequeño rufián es nuestro Valya.
- Valdis, Valdis Chakstes – corrigió el infante restregándose las palmas de las manos en las mejillas.
- Y a donde pensabas ir, Valdis? - inquirió la maestra Privrilova inclinándose. Por toda respuesta, Valdis se encogió de hombros y por primera vez dirigió hacia ella sus ojos de contornos casi circulares y color café. La señora Podliskaya indicó a sus estudiantes que se recogieran en el interior de su correspondiente aula.
- Necesitaré un ayudante. Quieres sentarte conmigo durante la clase? - preguntó, y Valdis asintió sin mucho entusiasmo. Su naciente confianza se fortaleció cuando ella extrajo de su

bolsillo un esponjoso manjar en forma de cubo. - Cómetelo aquí para que a tus compañeros no les dé envidia, vale? - dijo poniendo su dedo índice en la nariz del pequeño, que aceptó el obsequio con una media sonrisa.

- Señorita Privrilova – dijo la maestra Podliskaya desde su puerta semicerrada – no olvide que esta tarde tenemos la reunión de maestros, a las 7.
- A las 7 – respondió Valdis señalando a su nueva maestra, quien con un leve empujón lo condujo al interior de la sala del 3ro “B”.

Vladena tenía poco tiempo entre el final de las clases y la incipiente reunión, pero decidió, antes que esperar, volver a su casa con los materiales, la primera parte de ellos al menos, que se le habían entregado en la mañana y que apenas cabían en el canasto de la bicicleta.

Valdis había resultado más efectivo como ayudante de lo esperado, pues en su repentino apego hacia ella se había comportado como un edecán, reprendiendo a los que emitían algún sonido fuera de lugar y repartiendo las hojas de papel que la maestra entregaba a la clase, de las que los niños recortaban los bordes para pegarlos en sus cuadernos con el ancho apropiado. Incluso se hizo cargo de recoger los restos de papel, cubeta en mano, para que nada estropeará la limpieza y pulcritud del aula. La maestra Privrilova escribió al final de la jornada una breve nota de felicitación a los padres de Valdis, quien creía que la familia Chakstes dudaría de su autenticidad, pues jamás habían recibido una igual.

Vladena dejó la bicicleta en un depósito contiguo a la puerta del edificio en que vivía y subió con el pesado bagaje hasta el tercer piso.

Encontró a la dueña del apartamento pasando un trapo húmedo por el marco de la puerta. En casa de esta señora rolliza y de hombros anchos, sobre los cuales caían en ondas cabellos de un rubio intenso, Vladena Privrilova ocupaba una habitación.

- Tía Iriza – dijo Vladena suavemente, y la aludida se dió vuelta, apartándose al ver el enorme paquete que su protegida traía entre sus manos.
- Oh Vlada! - rezongó la aludida, con su característica y poco femenina voz que recordaba al sonido de un trombón.

Resoplando y con los pies en rápido movimiento como los de una geisha, Vladena atravesó la entrada, y el olor de la carne en fritura llegó hasta sus narices. Dejó caer los enseres sobre el mullido sofá de la sala de estar y se apresuró a llegar a la cocina.

Efectivamente las salchichas estaban recocidas de un lado y crudas del otro.

La tía Iriza se asomó desde el pasillo restregándose sus gruesos dedos en el delantal.

- Me he puesto a limpiar y me olvidé de la cocina – admitió la anciana con expresión de agotamiento, como si en el camino entre la entrada y la cocina hubiera gastado todas sus energías.
- Llegué justo a tiempo entonces – respondió Vladena mirando primero a su compañera de piso y luego a la sartén. - Cerró usted la puerta?

Por toda respuesta la mujer volvió sobre sus pasos, para encontrar que la puerta había quedado abierta y el trapo en el suelo, justo bajo el dintel.

Vladena estaba examinando la ensaladera, punzando algunos trozos de papas para comprobar que estuvieran bien cocidas, cuando volvió a encontrarse su mirada con la de la cocinera.

- Se encuentra usted bien? Ocurre algo?

La tía Iriza abrió la boca con intención de responder pero los sonidos se quedaban atascados en su garganta. Su ansiedad era evidente. Era

la expresión que uno tendría si tuviera que decir que un extraterrestre había descendido en el pueblo y había venido a la casa a almorzar.

- Es que... es...
- Es que? - repitió Vladena con cierta impaciencia aunque no podía presionar a una mujer que se veía tan atribulada.
- Es Gregors... Gregors...

Gregors? Vladena no había oído ese nombre en años. El hijo mayor de la tía Iriza, del que nunca hablaba, y del que solo tenía una fotografía de niño, en su dormitorio, dentro de su Diccionario, como si le diera vergüenza, como si no deseara que nadie supiera que pensaba en él. Un muchacho que había desaparecido de la vida de su madre Dios sabía hacía cuanto, y que de pronto regresaba como un recuerdo de una vida pasada.

- Gregors me ha llamado hoy. Y vendrá mañana, junto con su familia.

Así que el hijo pródigo tenía su propia familia ahora. Y repentinamente retomaba el contacto con su madre para presentársela. Vladena no se sentía capaz de juzgarle pero no podía dejar de preguntarse: no podía aquello haber ocurrido antes?

Mientras servía a su huésped un vaso de agua y la veía sorber el líquido con una mezcla de avidez y repulsión, otra pregunta atravesó su mente:

Acaso aquella mujer, ahora madre, había convencido a su marido de que era el momento de hacer las paces con la suya propia? No era inconcebible.

- Tengo que preparar algo especial para mañana. Ya sabes, para ellos y para los niños.

“LOS niños! El fugitivo no había sentido el llamado del amor filial cuando tuvo a su primer vástago, sino al segundo o quizás al tercero!”

- Necesitará usted ayuda entonces, tía? - dijo Vladena, por responder algo.

Los ojos de su interlocutora se humedecieron como si sufriera un repentino acceso de dolor, y asimismo se apretaba su boca.

- Podrás pasar la tarde fuera de casa, querida? Creo que no es conveniente que él te vea, porque puede sentirse intimidado.
- Si usted lo desea, tía, puedo quedarme en lo de Pauline. Pero no veo cuál es el problema. Si incluso Uldis...
- Uldis no puede enterarse de nada de esto – replicó la dama con un tono de voz que estremeció a Vladena. - No me perdonará si sabe que dejé entrar a su hermano a esta casa. - agregó con tono algo, apenas más apacible. - Pero, qué puedo hacer? Debo al menos oír lo que tiene para decir. Pero no creo que se sienta cómodo con que lo oigas tú también.

El aleteo de un enorme pájaro interrumpió su conversación. El ave, cuyas plumas eran de un color parduzco, que sin duda le ayudaban a mimetizarse en las ramas de los árboles, golpeó un par de veces con el pico el cristal de la ventana, extrañado ante la barrera que se oponía entre él y las habitantes de ese enorme “nido”, y luego, enfadado, alzó el vuelo dejando tras de sí a las dos mujeres perturbadas por sus graznidos.

En el televisor ubicado en el comedor, tres periodistas discutían acerca de las posibilidades futuras del país de adherirse a la Unión Europea, ahora que Suecia y Finlandia lo habían hecho. La tía Iriza se dejó caer pesadamente sobre la silla, mientras Vladena picaba trozos de comida con el tenedor aún antes de sentarse. Detrás de la TV lucía imponente el retrato del difunto esposo de la señora Iriza; un busto de señorial apariencia con traje y corbata. Al lado dos cuadros más pequeños: en uno, un joven Vladislavs Gluhovs junto a su esposa, y en el otro, el matrimonio algo más entrado en años, junto a sus dos hijos.

La anciana estaba absorta por lo que veía en la pantalla. Su acompañante intuía que no estaba concentrada en el televisor, sino en sus propias cavilaciones. Por momentos los labios de la tía Iriza

se movían pero ningún sonido salía de ellos. Incluso al rociar las papas con la salsa de hongos y hierbas, una de muchas variedades que preparaba con tanta destreza, apenas miraba la cuchara y el cuenco; se diría que el cubierto guiaba la mano y no al revés.

Finalmente Vladena agotó su exigua ración de comida y se dirigió al dormitorio que ambas compartían, llevando el cargamento que había traído de la escuela. Mientras se cambiaba de ropa, oía el rumor del agua corriendo en la cocina y a su anfitriona canturreando, con frases espaciadas, como si le costara un gran esfuerzo recordar cada verso que sucedía al anterior.

Vladena reapareció en la sala de estar con un precioso conjunto de falda y chaqueta negras, con una blusa blanca debajo. En la chaqueta, un prendedor con forma de girasol, su flor predilecta. En su pequeño bolso de color café oscuro colocó su cuaderno y un bolígrafo, junto con otras menudencias.

Al divisar nuevamente el rostro de su tía, le pareció que ésta tenía una expresión mucho más apacible y serena que antes.

- Nos podrás acompañar este fin de semana a Valmiera? - le preguntó la anciana. “Nosotros” incluía al matrimonio Anukrans, propietario del automóvil en el que se realizaría la excursión, hacia una granja de patos y otras aves de las que se proveían regularmente ambas familias a precios muy convenientes que justificaban el traslado. A Vladena no le agradaba mucho salir de su feudo de Smiltene, pero a la vez procuraba hacer todo lo posible para complacer a su tía y aliviar su soledad y tedio.
- Por supuesto, cuenten conmigo – respondió sonriendo, antes de darse la vuelta y, haciendo resonar las llaves, salir del apartamento.

El auditorio, de modestas dimensiones, estaba casi vacío, pero la veintena de asistentes agrupados en los asientos anteriores producía un bullicio propio de una sesión del Parlamento.

Vladena estacionó su bicicleta junto a media docena de otras en una esquina junto a la puerta de la conserjería y se sumó a sus colegas en el momento en que un hombre desconocido intentaba calmar los ánimos de la enfervorizada multitud.

- Damas, caballeros, por favor, no perdamos la cabeza – decía en voz alta, con el rostro demostrando una expresión de temor como la de un domador de leones cuando se ve acometido por la fiera circense. - Haré llegar sus peticiones oportunamente al Ministerio, pero debe ser de manera ordenada.
- Para que el Ministro nos siga ignorando, a nosotros que educamos a los hijos del pueblo, mientras los fondos siguen desviándose quién sabe a dónde? - respondió enfurecida una maestra más bien joven, de los cursos superiores de la escuela primaria.
- Qué fondos? - terció un calvo de profuso bigote reclinado en su

asiento como si estuviera en la playa. - Apenas si tienen para pagar a los de Riga, y al interior, que lo parta un rayo.

- No se han pagado sus salarios en tiempo y forma acaso? - inquirió el funcionario del Ministerio de Educación.
- Pero no con las actualizaciones que se anunciaron el año pasado – dijo la señora Podliskaya. - No sacamos nada con que venga usted aquí a colgarnos una medalla e irse si apenas podemos mantenernos. Eso no nos va a solucionar nuestros problemas. Bien puede usted tomar su “desempeño destacado” y llevarselo por donde vino.

Vladena ocupó el asiento contiguo al de su compañera Pauline, quien se había sentado un poco más atrás y en relativa oscuridad. Pauline vestía un sobretodo gris que ocultaba sus formas voluptuosas, las que inevitablemente llamaban la atención de sus compañeros y superiores, aunque éstos eran de un número reducido respecto de las colegas mujeres, quienes la habrían mirado con envidia y recelo antes de que su personalidad afable y risueña se granjeara el aprecio de la gran mayoría de ellas. Además de su inteligencia y profesionalismo en la enseñanza de las matemáticas a los alumnos del quinto año.

- Las chicas están por comerse vivo a ese pobre hombre – comentó mientras ofrecía a Vladena una botella de agua mineral, de dos que sacara de una bolsa de género. - Y la Pirkatina los está dejando – agregó refiriéndose a la directora del colegio.
- Pensé que los del Ministerio de Educación eran amigos suyos.
- Los anteriores, los acólitos del ex ministro Vaivads – susurró Pauline en su oído. - Estos de “Saimnieks” no. La vieja es liberal. Esto es como una trampa. Ella los invita para que vean el supuesto progreso que se ha realizado (gracias a la excelente gestión del gobierno anterior) y ellos aceptan diciendo que pueden mejorarlo. Y aquí ella los deja a merced de los

maestros. Pero, qué mas va a hacer? Yo le encuentro razón. Mejorar no ha mejorado nada. Bueno, tú eres nueva aquí. Ya te irás enterando.

La gresca podría haber continuado, pero una joven maestra a quien Vladena conocía como Marite tomó la palabra levantándose repentinamente de su asiento.

- Siéntese, mejor, caballero, y pasemos a otro tema. Para que vea usted cómo se hacen las cosas aquí con las migajas que entrega el Gobierno. - Dirigiéndose a la directora, añadió:
- Hablemos de los preparativos para el Festival de Maras.
- Gracias a Dios por la Asociación de Padres – dijo entonces el calvo, de apellido Gruzinis, a la sazón coordinador de aquella instancia y que actuaba como enlace entre la comunidad de papás y mamás y la directiva del establecimiento. Sacando una pequeña carpeta de su maletín, la entregó a la directora, mirando de reojo al delegado del Ministerio, quien se hallaba sentado junto a ella, y con la aguda voz con la que había sido maldecido, comenzó su exposición:
- Como podrá usted ver, tenemos tres aspectos principales de los que preocuparnos: el musical, el culinario y el literario. Por supuesto lo que se refiere a las comidas es lo que consume la gran mayoría de los recursos que aportan los padres, y – agregó haciendo una reverencia al funcionario gubernamental – de los fondos que nos confía el Ministerio. Aunque hay que decir que la vestimenta, esencial en este tipo de celebraciones...
- Ese tipo es insufrible, pero no deja de ser cierto todo lo que dice – dijo Pauline mirando por detrás de su compañera como si esperara que alguien más atravesara las puertas del auditorio y se les uniera. Vladena no sabía qué decir, pues recién comenzaba a conocer a sus pares; tampoco estaba segura de hasta qué punto podía basarse en las opiniones de Pauline, quien la había acogido bajo su ala como si fuera una portentosa

gallina ponedora y Vladena un pequeño e indefenso pollito traído de otra granja, al que era necesario poner en ambiente y dar abrigo y seguridad. De todas maneras era eso mejor que estar sola. Y en la Universidad había estado sola la mayor parte del tiempo, concentrada en sus libros, alejada en parte por la presión de las fechas y los objetivos y en parte voluntariamente, de los demás, especialmente de los estudiantes del sexo opuesto.

- Ya tendrás tiempo para ello – le decía la tía Iriza, defensora de la abstinencia sexual. - Este es el tiempo para formarte profesionalmente y hacer algo productivo de tu vida. Construyendo algo que ningún hombre podrá arruinar después. Vladena no quería pensar que su tía se refiriera a su difunto esposo como a alguien que hubiera echado a perder su vida. Más bien le parecía a ella que la causa de las penurias de la señora Iriza se debían a las tribulaciones y la soledad que acarrearán una viudez relativamente temprana.

Terminada la intervención del calvo Gruzinis, otra maestra de cabellos rizados a lo Shirley Temple comenzó la suya, enlazando el esfuerzo realizado para montar esta edición de la festividad del pan con el que ella y su cuadrilla llevaban adelante para celebrar el Día del Maestro, también con la valiosa cooperación de los progenitores de sus alumnos y alumnas. El delegado del Ministerio hizo un comentario expresando la gratitud y el sentido de responsabilidad de su departamento gubernamental para con los maestros de esta escuela, de Smiltene y de Letonia en su conjunto; palabras de las que los educantes no hicieron mucho caso.

Pauline garabateaba palabras en su pequeño cuaderno, ajena a lo que estaba ocurriendo en el frente del auditorio, cuyo escenario estaba iluminado con farolas colgantes que hacían destellar los reflejos dorados del primoroso cortinaje, extendido

en ese momento. Era este el mejor momento para que Vladena le abordase y expusiera su solicitud.

- Estarás libre mañana por la noche? Puedo pedir asilo en tu hogar? - dijo despertando la curiosidad de su compañera con estas dos preguntas formuladas al hilo. Vladena conocía el lugar de residencia de Pauline, una casita aislada ubicada en el límite norte del poblado, circundada por un extenso terreno del que sus padres eran propietarios. Pauline pertenecía a una de las familias más acomodadas, y por lo mismo tenía a la vez el sentido de responsabilidad por los menos favorecidos y el orgulloso desdén por los mandatados de la capital. Ella y su familia sí que sabían lo que el pueblo necesitaba y merecía; nadie de Riga podría venir a enseñárselo a ellos.

Por esa razón y por medio de la recomendación de una profesora de Valmiera, acogió con verdadero cariño e interés a Vladena en su etapa de preparación antes del comienzo de las clases, respetando además el silencio de su protegida con respecto a ciertos aspectos de su vida pasada.

- No pensé que quisieras volver allí – respondió a Vladena sosteniendo el lápiz suspendido en el aire con dos dedos.
- Sucede que mi tía... - carraspeó y comenzó a desenrollar la mentira que tenía preparada; odiaba hacerlo, pero pensaba que si decía la verdad Pauline comenzaría a hacer más preguntas -, mi tía recibirá a algunas amigas, pues le ha ofrecido la casa a una para celebrar... su viudez.
- Su viudez?? - repitió Pauline asombrada -. Brillante!!

Vladena esbozó una media sonrisa y agregó:

- Su amiga no quería dejar de hacerlo aunque, tú sabes, no puede hacer semejante cosa en su casa!
- Es comprensible, por supuesto... Debe al menos aparentar respeto a su difunto esposo – respondió Pauline con un moralismo irónico, teatralizado.

- Exactamente, y, bueno, tampoco quieren que haya testigos de...
 - se interrumpió para hacer con la mano el gesto de beber.

Cerrando un ojo, dijo Pauline:

- Te entiendo, querida. Mañana voy a buscarte en la mañana con el auto. Metemos tus cosas y luego te vas conmigo después de clases. Lo pasaremos bien, ya verás. - Y agregó al ver que sus compañeros comenzaban a retirarse: - Muy mala la película. Espero que al menos nos den algo de comer.

En el refectorio de los profesores se había improvisado un “buffet” con pasteles de pan de centeno y frutos del bosque, leche saborizada y jugos de fruta y bizcochos salados que semejaban canapés. Había además una cafetera que parecía haber ejercido su magnetismo sobre un cuarteto mixto que no se apartaba de ella; obstáculo para quienes intentaban entrar o salir.

El enjambre de personas yendo y viniendo a su alrededor producía a Vladena una sensación de ansiedad y agotamiento. Codos y piernas en movimiento obstruían su avance en busca de alimento. Nada más cruzar la puerta del refectorio se encontró de bruces con la directora de la Escuela, la señora Marija Pirkatina.

- Señorita Privrilova! He oído muy buenos comentarios de su desempeño en este primer día. La felicito y espero que este sea el comienzo de un excelente año – le dijo tomándole de la mano.
- Muchas gracias, señora directora – respondió Vladena haciendo una leve reverencia y mirando discretamente por encima del hombro de su superiora. - Los niños son muy afectuosos así como muy bien portados.
- Es parte de lo que se enseña aquí; no sólo conocimiento sino urbanidad y valores. Claro que para ello se necesita la cooperación de los padres y... no siempre lo entienden así. - Antes de retirarse se acercó a su oído y agregó:

- Ese es otro frente de esta batalla.

Vladena sintió una suave palmada en su espalda, que la mujer ya entrada en años le daba mientras cruzaba la puerta hacia el exterior. A su lado Pauline saludaba a un par de colegas arrimados a una pared como reos de un inminente fusilamiento. Vladena podía ver los pasteles al otro lado de la habitación, pero tendría que pasar por entre dos caballeros: el señor Gruzinis y el delegado del Ministerio de Educación. A un costado, Marite Mize, una muchacha de cara redonda y grandes ojos verdes, peinado anticuado y vestido azul claro ceñido por una ancha faja blanca, sostenía un vaso de néctar de fruta como si fuese un whisky en las rocas, y miraba a su alrededor con un aire de semiembriaguez. Vladena forzó una sonrisa al verse objeto de la escrutadora mirada de la muchacha, y ésta respondió levantando el pulgar de la mano que aparentaba estar adherida a su pecho.

En ese momento el delegado ministerial se volvió hacia ella, pero sin mirarla; su vista estaba fija en otro lugar.

- Parece que no piensan soltar la cafetera – comentó en voz baja como para sí mismo.
- Son verdaderos adictos – dijo Vladena sin estar segura de si el caballero hablaba con ella o consigo. En ese momento él reparó en ella, pero demostrando mucho interés. Vladena se sintió algo turbada por la mirada breve pero intensa que le dedicó el funcionario. Se humedeció los labios, reseco, de una manera torpe que acentuó la curiosidad de su interlocutor. Intentando recobrar la compostura, agregó apresuradamente:
- Yo prefiero las infusiones de hierba, pero no parece haber nada de eso aquí.
- Puede usted probar uno de estos – respondió él tendiéndole un vaso de leche de sabor frutilla – Señorita...
- Privrilova... mi apellido, Privrilova. Vladena Alexeieva es mi nombre – dijo ella recibiendo el vaso que él le tendía.

- Me apellido Minceviks. Anders es mi nombre. Y como ha podido escuchar, mi trabajo implica servir de enlace entre el Ministerio de Educación y las escuelas de esta región.
- Bastante arduo e ingrato parece su trabajo – dijo Vladena resoplando para enfatizar su compasión por las cargas que seguramente debía llevar consigo el delegado en sus idas y venidas entre la capital y pueblos como Smiltene.
- A veces lo es pero... alguien tiene que hacerlo – respondió con resignación el funcionario. - Es mejor que tengamos instancias como las de esta tarde, aunque sean, dicho sea entre nos, algo tensas, antes que se diga que no los escuchamos. Sí lo hacemos, pero no podemos prometer soluciones inmediatas ni cambios drásticos.
- Usted suena como todo un político – respondió Vladena de manera irreflexiva, para luego darse cuenta de lo descortés de su comentario. Pero antes de que pudiera disculparse, Minceviks tomó suavemente la mano de Vladena que sostenía el vaso de leche y acercó la nariz en ademán de olfatear su contenido.
- Disculpe, pero quería asegurarme que el vaso no contenía... algo más – dijo él con acento jovial.
- Por el aspecto de esa compañera de atrás – musitó Vladena – yo pensaría también que sí.

Su coloquio fue interrumpido por Pauline, quien apenas reparó en Anders.

- Yo ya me voy – dijo con cierto fastidio.- Te llevo a tu casa?
- No, gracias. He venido en bicicleta y me voy con ella.
- Oh, bueno, como prefieras. Lo otro... es mañana, cierto?
- Si, si puedes. Si no, no importa. Veré como me arreglo.
- Para nada. Me vendrá tan bien algo de compañía. Nos vemos entonces! - dijo por último Pauline antes de retirarse.

Vladena se quedó en silencio mirándola hasta que desapareció tras la puerta. Anders Minceviks atrajo nuevamente su atención tosiendo de manera poco natural.

- Creo que es momento de que me retire yo también – dijo el funcionario-. Pero no será la última vez. Debo regresar periódicamente para evaluar la situación de los establecimientos del área, especialmente éste, que está próximo a calificar para una certificación que aumentará su prestigio.
- Me parece... estupendo! - respondió Vladena no pudiendo hallar otra respuesta más apropiada. - Es mi primer año aquí pero encuentro que esta escuela es todo lo buena que puede ser... en las condiciones que estamos, ya sabe.

El funcionario Minceviks hizo chocar su vaso con el de ella y dijo:

- No podría haberlo dicho yo con mejores palabras. Disculpe pero... antes de irme debo probar ese café tan adictivo.

Y dicho esto se dirigió intempestivamente hacia el grupo que, algo receloso, accedió a servirle el resto del contenido de la cafetera que apenas alcanzaba a llenar más de la mitad de un vaso. Vladena fijaba su vista en el reloj de pared, del que la aguja que marcaba los segundos corría continuamente en lugar de los usuales pulsos regulares. Ya eran más de las nueve; la tía Iriza debía estar ya retirada en su dormitorio, con la luz del velador y la radio encendidas, como de costumbre. Vladena se dormía arrullada por el susurro de la transmisión de LR1. Entendía también que a su compañera de cuarto le ayudaba a pensar y soñar con imágenes distintas de las que sus recuerdos y preocupaciones traían cada noche a su mente.

El delegado ministerial regresó a su lado con el vaso ya vacío.

- Segura que no necesita que la acerquen a su casa? - preguntó. Las mejillas de Vladena se enrojecieron ante tal propuesta.
- No, no, estoy bien – respondió con aire cohibido y con la vista en las pulcras manos de su interlocutor. - No podré volver

mañana si no llevo la bicicleta. Además el clima está tan agradable! Me hará bien tomar un poco de aire. Estoy algo sofocada aquí dentro.

- Pues bien, como usted prefiera – dijo Minceviks. - Habrá otra ocasión de seguir conversando. Ha sido un gusto – agregó extendiendo su mano, que Vladena estrechó con suavidad pero con entusiasmo.

Al salir ella del establecimiento, llevando otra carga de materiales en el canasto de la bicicleta, se quedó de pie en la puerta observándole mientras él subía a su Opel Tigra y se marchaba pisando el acelerador. En diagonal a la entrada de la escuela, en la esquina que ocupaba la agencia de servicios funerarios, una pareja de adolescentes compartían un cigarrillo.

La cena consistió en un filete de arenque ahumado suavemente aderezado con especias, acompañado de espárragos hervidos y rociados con salsa blanca. Pauline había traído de su dormitorio una caja con algunas cintas de video de las que eligió una película americana¹, un drama ambientado en el fondo del mar. La protagonista femenina, una mujer de unos cuarenta años, enfrentaba sus opiniones a las de su eventual compañero de tareas y ex esposo de una manera que llamó poderosamente la atención de Vladena.

- Ves? - le decía su anfitriona, señalando la pantalla del televisor de 28 pulgadas con la copa de vino Riesling en su mano – así es como se comporta una verdadera mujer. Si hay algo en lo que somos iguales a las occidentales es en eso. Debemos hacernos respetar y así lo hacemos, al menos las que estamos más despiertas.

Luego de la cena y junto con lo que quedaba de la botella de Riesling, vieron como lo que parecía uno de los típicos conflictos

1 “The Abyss” (James Cameron, 1989)

imaginables entre los Estados Unidos y la antigua Unión Soviética se tornaba en una fantástica aventura de ciencia ficción.

En el momento de la aparente muerte de la actriz, Pauline y Vladena guardaban absoluto silencio. Una ya conocía la continuación de la historia y la otra no, pero ambas estaban igualmente emocionadas y expectantes. En ese instante, Pauline prodigaba al hombre que a pesar de la orden de sus camaradas de no insistir en el procedimiento de reanimación continuaba apretando el pecho de su pareja mientras la alentaba incluso con injurias, prácticamente la misma cantidad de alabanzas que había prodigado a ella.

– Ese es un hombre, un verdadero hombre- repetía.

Vladena sintió como si ella hubiera recuperado la respiración y despertado al mismo tiempo que la mujer a quien veía en la pantalla. Mordisqueaba ansiosa una de las barritas de pescado rebozado que Pauline había sacado del congelador y puesto en el microondas como bocadillo adicional.

Luego de una jornada como aquella, este momento de distracción y autoindulgencia era un imperativo. Mantener el orden en el salón de clases y conservar la atención de los alumnos era un desafío constante; para eso había sido entrenada, pero por momentos se veía superada y obligada o bien a levantar la voz para ser oída por todos, o llamar la atención a uno u otro individualmente, procurando no parecer excesivamente rígida. El estudiante que ayer fuera su adalid y asistente, Valdis, quien ahora debió sentarse junto a Anete Kleinberga, estaba sumido en los ejercicios de matemática y no parecía prestar atención a nada a su alrededor. Vladena notó además una transformación en su pequeño rostro, ahora más pálido de lo normal incluso con el frío de aquella mañana. Se diría que Valdis había dejado olvidada su alma en su casa.

– Es que tú no conoces esa casa – le dijo Pauline cuando Vladena compartió con ella su preocupación por él. - Yo tuve a su hermana Lelde como alumna el año pasado, y conocí a sus

padres. Su madre es costurera y su padre trabaja como chofer por encargo en el transporte de ganado. A él lo he visto un par de veces, cuando me lo cruzo conduciendo, pero a ella la veo cuando va a dejar a los niños. Las veces que puede, porque hay días que... Yo entiendo que esa pobre mujer no tendrá el ánimo de salir de su casa, y menos en el estado que ese tipo la deja.

Vladena percibía en las palabras de Pauline la angustia y la impotencia de quien presencia una situación indignante sin tener la posibilidad de intervenir. Su padre era uno de los líderes de la Asociación de Cooperativas Agrícolas, un ingeniero agrónomo con influencia incluso fuera del país, pues trabajaba incansablemente para promover la proyección hacia el extranjero de los productos locales así como el “fair trade”, el comercio en condiciones que beneficiaran tanto a las empresas como a los pequeños productores. Había inculcado en sus hijos, Pauline y Agris el mismo compromiso en la defensa de los más desfavorecidos. Agris estaba en ese momento en la Armada, embarcado a bordo del dragaminas “Imanta”. Pauline había elegido la educación como el campo en el que podía llevar adelante la labor humanitaria que le inspiraran sus padres, de la misma manera que lo hiciera su madre, quien ahora trabajaba como administrativa en la Academia de Medicina.

Aún así, todos y cada uno de ellos eran conscientes de que su buena voluntad no podría solucionar todos los problemas, máxime cuando a cada paso se encontraran con diferentes obstáculos, siendo el mayor la negativa de algunas personas a ser asistidas por más que lo necesitaran. La experiencia les había enseñado a comprender y respetar los límites de su influencia y posibilidades. Ciertas personas creerían que podrían obtener mejores resultados trabajando solas que en comunidad; otros pensarían que el patriotismo es un valor abstracto y por el que no es necesario hacer mayores sacrificios. Algunos no dejarían de consumir sustancias tóxicas ni harían ningún esfuerzo por mejorar su calidad de vida; otros estaban

convencidos de que sus hijos estaban condenados a vivir en las mismas condiciones en que ellos crecieran, cegados por su fatalismo y viendo más limitaciones que oportunidades en su situación.

Pauline sentía una simpatía especial por Vladena también por esta razón. Veía en su colega a una persona que, por lo que había podido conocer, se había sobrepuesto a sus dificultades y tenía objetivos y metas que esperaba alcanzar, y a las que dedicaba su vida y sus pensamientos. Una mujer centrada y seria, aunque en un cuerpo juvenil, casi de niña.

En su incipiente ebriedad, mientras en la pantalla del televisor veían a la tripulación de la misión submarina ascender a la superficie, Pauline recordó los eventos del día anterior y un detalle particular le provocó un acceso de risa que tomó por sorpresa a su invitada.

- Te vi muy cerca del tipo ese del Ministerio – le dijo. - Demasiado cerca – agregó cerrándole un ojo.

Vladena sintió cerrarse su garganta y se demoró un instante en responder, no pudiendo encontrar las palabras adecuadas.

- Parece que él buscaba conversar con alguien que no lo odiara – replicó al fin.
- Y en tu caso es todo lo contrario – le espetó Pauline con sorna.
- Para nada. Solo estaba siendo amable, pues yo también estaba aburrida y cansada. - se defendió Vladena.
- Te diré la verdad. Si no fuera lo que es, yo lo hubiese encontrado atractivo. Pero estos tipejos del Gobierno, tú sabes... se pasean por todos lados, sonriéndole a las incautas... y no falta la que se deja llevar por sus encantos. Y esto lo hacen ellos por dos razones: o bien para satisfacer su ego, y sentirse los gallos más grandes del gallinero, o para sonsacar información. Los hay de unos y de otros. Hay que ver de qué clase es este tal...
- Min... Minceviks – respondió Vladena adivinando la intención de su interlocutora, que era saber si él se había presentado formalmente a ella.

- Minceviks. Lo volveremos a ver pululando por aquí, por lo menos este año. Se dejan caer a lo menos una vez al mes. Si quieres dejar que te haga la corte, es cosa tuya pero... - agregó enderezándose – la lealtad profesional primero, señorita Privrilova.

La anfitriona se puso de pie con un bostezo apagado, y mientras recogía los platos y cubiertos y Vladena las copas y la botella de vino ya vacía, el viento comenzaba a golpear de manera violenta las ventanas de la casa, como preludio de una tormenta.

- Voy a buscar un par de mantas extra – dijo Pauline en voz baja, mientras abría la llave del lavaplatos, y Vladena se mesaba los cabellos, algo desorientada, de pie en medio de la cocina.

La mañana había transcurrido de manera apacible, y la maestra Privrilova se hubiera aburrido si ciertos incidentes, comunes entre los niños, tales como la necesidad repentina de una alumna de contextura maciza de acudir al baño, o una conversación en uno de los bancos entre dos amigos, sobre un tema totalmente ajeno a la clase de Valores Ciudadanos. Con los recuerdos de la conversación de la noche anterior presentes en su cabeza, aunque de manera difusa, Vladena prestaba especial atención a Valdis, preguntándose a la vez si su actitud implicaba alguna medida de favoritismo hacia él. Valdis apenas despegaba la vista del libro de texto, y en ninguna ocasión levantó la mano para ofrecerse a responder las preguntas de su maestra. Solo cuando ella se dirigió específicamente a él, dejó oír su suave voz como en un murmullo entrecortado. Sus pares sonreían desdeñosamente, pero su compañera de banco lo hacía complacida,

con orgullo de sentarse junto a un chico tan juicioso y aplicado.

Sin proponérselo, Vladena había puesto a Valdis en las manos protectoras de Anete, y ella había asumido una responsabilidad sobre él. Bien podrían las dos obrar como sucedáneos del afecto que durante las horas de clase el estudiante debía de seguro añorar; el de su madre y el de su hermana. En cuanto a los valores transmisibles por línea masculina, de hombre a niño, ya los iría encontrando en los padres de la patria y los formadores de la identidad nacional. Para asegurarse de ello, Vladena se había tomado la libertad de retirar de la biblioteca un libro que juzgó ideal para animar el floreciente patriotismo del pequeño, una antología de diversos autores titulada “Mi país, mi hogar”. Se lo entregó al final de la jornada, y con una tímida sonrisa, Valdis le prometió cuidar el grueso volumen y ponerlo en sus manos nuevamente una vez leído, lo que haría con gusto.

Vladena pudo detectar además otras necesidades de otros alumnos, y ciertas deficiencias que con mucho tacto y palabras de afecto y ánimo puso en conocimiento de sus educandos. Un área de su trabajo para la que se había formado con especial entusiasmo y dedicación, tanto como para ejercer el rol de gestora de conocimientos. Algunas maestras, al pasar los años, se enfocaban en los exámenes y las guías de estudio en detrimento de la atención de las necesidades y desafíos emocionales de sus alumnos. Vladena Privrilova se había jurado a sí misma, ya desde la Universidad, que no sería ella un caso más de aquellos.

Al regresar a su hogar encontró a la tía Iriza sentada en el sofá de la sala de estar, con un objeto rectangular entre sus manos, que Vladena supuso era una cinta de cassette, pero resultó ser un cartucho de un videojuego. En letras grandes se leía “Double Dragon”, según leyó la dueña de casa pero sin comprender del todo el concepto.

– Estaba tirado en el suelo, en la entrada – dijo la anciana cuando

le fue preguntada su procedencia.

Vladena sabía lo que ese objeto podía valer en el aspecto material y emocional para cualquier niño.

- El conserje sabe que yo lo tengo, pero solo lo dirá si le preguntan. Para no entregárselo a la persona equivocada – manifestó la dama, con rostro apacible, de serena meditación.

Un alivio para Vladena encontrarle en ese estado. No se atrevía a preguntar acerca de la reunión familiar del día anterior, pero lo que veía era a una mujer a quien la vida había dado una gran satisfacción y aún podía sentir sus efectos. Esperaba su huésped que aquello durara un buen tiempo, y acaso se repitiera.

- Pauline le envía saludos – dijo mientras se dirigía a la cocina. Escuchó la profunda exhalación de su tía y un sonido que denotaba asentimiento. Aún estaba abstraída cuando regresó Vladena a su lado con un vaso de agua en la mano.
- He comprado los ingredientes para el pan de Maras – dijo la anciana. - Están en el lado derecho de la alacena, la puerta sola, no la doble- agregó esforzándose por pronunciar cada palabra. Vladena se puso en cuclillas a su lado y le tomó el pulso, que notó algo débil.
- No tiene que ir a Valmiera si no puede hacerlo. Yo puedo ir con los Anukrans. Usted debería quedarse en casa, tía.

Iriza negó con la cabeza.

- Solo estoy cansada... Y estos cambios de temperatura...
- Voy a prepararle un té con jengibre, pero usted debería irse a la cama.

Por toda respuesta, la dama alzó sus brazos como un niño esperando ser alzado. Pauline levantó su pesado cuerpo del sofá y con lentitud, midiendo cada paso, la condujo a su alcoba. Buscando las pastillas de codeína en el cajón de la mesa de noche se encontró con un libro con una llamativa tapa en tonos naranja y verde. Un volumen titulado “Luna Fugitiva” de un autor cuyo nombre Vladena jamás

había oído. Algis Budris; con mucha seguridad un escritor lituano. Nunca hubiera creído que su tía fuera aficionada a la ciencia ficción.

- Es una idea del club de lectura – se excusó Iriza con voz débil y los ojos entrecerrados. - Las viejas ya estaban aburridas de Pushkin y Solojov – añadió con una tenue sonrisa y un estertor que brotó de su pecho. Vladena solo pudo reír ante la idea de cinco señoras de la tercera edad leyendo historias de viajes espaciales y extraterrestres.

Vladena puso en su mano la pastilla de codeína y tomó su cabeza ayudándole a tragar el agua. Su tía permaneció un instante con los ojos abiertos mirando al techo, de una manera que le hizo pensar a su protegida que acaso le diera el medicamento equivocado.

Al fin se volvió hacia el rostro de su compañera y dijo:

- Prepararás el pan de sorgo para los vecinos? Para Zane y Viktors y para los Krotidov de Valmiera. Recuerda el té...

La tía Iriza se quedó dormida en mitad de la frase, pero Vladena sabía lo que su anfitriona había querido decirle. Pensó que dejaría el té de jengibre para después, cuando Iriza despertara. El mismo té de jengibre que usaría para la preparación de la masa.

Caminando de puntillas, salió de la habitación, observando a su venerable maestra de cocina dormida con el ceño algo fruncido, como analizando un problema de difícil solución. Se encaminó a la cocina con el libro en la mano, y comenzó a hojearlo mientras ponía a hervir la tetera. Vladena sonreía mirando como a través de las paredes hacia la cama en que yacía la dueña del ejemplar, y luego continuaba leyendo la primera página del volumen.

El Syrena color melocotón avanzaba con decisión pero sin prisa por la carretera en dirección a Valmiera, bajo la conducción de Viktors Anukrans, mientras su esposa le servía otra ronda de té en un vaso “anti-vuelco”, diseñado para infantes, pero muy efectivo, según lo descubrió Zane el día que se le ocurrió darle uso a aquél que su nieta acababa de descartar, estando suficientemente crecida y entrenada para beber de un vaso ordinario. A esa hora de la mañana, poco antes de las nueve, poco tráfico se veía en el camino, y el canto de las aves que brotaba de entre los árboles era ahogado por el ronroneo del motor.

La voz prístina y alegre de Olga Zarubina brotaba desde el altavoz

ubicado en el asiento trasero, el que ocupaban Vladena y la tía Iriza, ambas envueltas en sendas mantas sobre sus hombros. Las dos llevaban camisa, chaqueta y falda, pero Vladena eligió colores más vivos, como el rosa en su parte inferior y el amarillo en el abrigo, mientras que su compañera de viaje lucía una combinación más sobria de verde y café. Entre su asiento y los anteriores llevaban sus bolsos, con su provisión personal de galletas horneadas en casa, de las que iban mordisqueando con displicencia mientras observaban el ya amarillento paisaje otoñal que se ofrecía en las ventanillas, y los anuncios de productos o servicios que esporádicamente aparecían a lo largo de la carretera. La conversación entre las amigas era también poco fluida y sin contacto visual, tanto por la abstracción que les provocaba la belleza del entorno como por el deseo de no perturbar al conductor, quien aunque afable y de trato cordial, sufría de accesos de ansiedad y pánico, al volante, en el trabajo e incluso en el baño de su casa. Cualquier evento adverso podía trastornar su usual buen humor; la imprudencia de los otros conductores lo enardecía, pero había aprendido con los años a controlar sus emociones, comprendiendo que era lo único que podía hacer en aquellas situaciones, no siendo capaz de hacer entrar en razón a los demás. De vez en cuando, estando lo suficientemente cerca, se permitía descargarse con un mordaz comentario arrojado por la ventanilla al desconsiderado o inexperto compañero de ruta, seguido de un pisotón al acelerador, antes que el otro atinara a responderle.

- Tranquilidad, Viktors, tranquilidad – solía decirle su esposa, una mujer de estatura mayor del promedio, de brillantes ojos color cielo y cabello ondulado, que ahora llevaba más corto de lo habitual.
- Aquél es el lugar del que Grete Bornholme me habló anteayer-dijo a Iriza señalando por detrás del asiento de su esposo hacia la izquierda, hacia una calle de ripio en cuyo inicio se encontraba un cartel que decía “SALES PARA BAÑO”. Dice

que allí mismo te dejan probarlas.

- No podría bañarme fuera de mi casa – respondió Iriza. - Imagínate, una mujer desconocida mirándote. Que horror.

Zane agitaba su brazo en dirección a ella, aquél del que colgaba un brazalete de color plateado, mientras replicaba:

- Seguro que con lo relajada que estarás en esa tina, no te das ni cuenta.

Antes de llegar a la ciudad propiamente dicha, siguiendo hacia el oriente la línea del ferrocarril, encontrarían un camino, la única interrupción de un vallado que se extendía por cientos y cientos de metros, que los llevaría hacia la granja de la familia Krotidov. En un estanque cercano bebía una pareja de caballos mientras sus jinetes conversaban de pie junto a un cobertizo. Más adelante se oía entre los arbustos la risa de una niña que hurgaba aparentemente buscando a sus compañeros de juego.

Hacia el final del camino se divisaba una casa de una planta, pero de considerable extensión horizontal, cuyas paredes exteriores estaban formadas por tablas pintadas de un color celeste pastel desteñido por el tiempo y las lluvias.

Bajando con cierta dificultad el cristal de la ventanilla, Zane gritó a una mujer de mediana edad que estaba en cuclillas a unos cincuenta metros de distancia:

- Yelena!!

La aludida se puso de pie de un salto y enrolló su delantal cubriendo aquello que había recogido del suelo.

- No les esperaba tan temprano – comentó la mujer al entrar en el vehículo, acomodándose el pañuelo que cubría su cabeza, aunque dejara escapar algunos cabellos grises. Acto seguido desenrolló el delantal y tanto Vladena como Iriza pudieron ver el pajarillo casi inmóvil que llevaba.
- No está muerto, pero por poco. Veremos si con algo de calor se recupera- dijo la dama en un susurro como si temiera despertar

al ave maltrecha.

Gentilmente rechazó la manta que Iriza le ofreció para cubrir sus hombros y el automóvil se puso en marcha nuevamente para recorrer los últimos metros. Un joven de unos veinticinco años se había acercado a correr el improvisado portón hecho de tubos de hierro y malla metálica para gallinero.

- Ese Andrey – comentó alegremente la dueña de casa acariciando su preciosa carga enfundada en su regazo.- Debe estar preparando el carromato. Los niños siempre salen a dar un paseo en estos días. Ksenia se desespera al tenerlos en la casa. Y con lo fácil que se estresa y enfada esa muchacha!

El automóvil se deslizó suavemente por un pedazo de terreno carente de hierba y fue a detenerse bajo un espacio techado al lado de una camioneta cubierta de polvo y hojarasca. Más atrás se veía el carromato que enganchado a un par de hermosos caballos de buen porte y color café oscuro esperaban al cochero y a sus pequeños pasajeros.

Ksenia abrió la puerta de la casa y dejándola entornada regresó a sus labores de planchado, bajo la atenta mirada de Lyra, una perra con trazas de Yorkshire y pelaje negro y gris que permanecía acurrucada en una silla observando el ir y venir de la plancha y a la mujer regordeta pasando las prendas de tela de una pila a otra con primoroso cuidado.

- Pero qué bien se está aquí! - comentó Zane aproximándose a la fuente de la que emanaba el calor; una humilde pero eficiente hoguera con su correspondiente chimenea. Las paredes a un lado y otro decoradas con fotografías y otros recuerdos que alegraban la vista de los dueños de casa como de los visitantes.
- Donde está ese buey de arado? - dijo un anciano que salió de la cocina con un par de guantes de confección casera en las

manos.

- Qué cuenta el arma más rápida de Vidzeme? - respondió con alegría no disimulada el aludido, que no era otro que Viktors. Ambos se fundieron en un abrazo y se prodigaron elogios relativos a su buen estado de salud y apariencia. Se habían visto por última vez hace menos de dos meses, pero se hablaban como si hubieran pasado años.

Yelena Krotidova, por su parte, se dirigió a la cocina de donde había salido su esposo y de donde emanaba un olor de papas en hervor y regresó con un colador metálico y un plato. Colocó a su paciente en el plato, encima el colador a manera de jaula y todo junto a una distancia prudente del fuego. Lyra la observaba tan solo moviendo los ojos, pero sin cambiar en absoluto de postura.

Los dos hombres se alejaron siguiendo la alegre música que sonaba en el aparato de radio, colocado a un lado de la mesada entre cubiertos y restos de comida. La anfitriona invitó a las damas a tomar asiento en la gran mesa cubierta por un mantel estampado con motivos tradicionales, mientras ella distribuía los platos y tazas que sacaba del aparador.

- Y esta muchacha – dijo mientras depositaba la vajilla frente a Vladena- cuando nos va a traer un novio?
- No hay prisa con eso – replicó su tía antes de que la sorprendida muchacha atinara a encontrar una respuesta. - Además, para como están los hombres ahora...
- Pero ya está en una buena edad para saber elegir – insistió la anciana. - Es cierto que hombres como mi Andrey no existen, pero alguno bueno, aceptable, debe haber.

Solo Vladena percibió el murmullo de la voz de Ksenia, ahogado en parte por el sonido de la plancha. Entendió que la muchacha de cabello lacio, rubio, amarrado hacia atrás con dos trenzas, y caderas

anchas ceñidas por el cinturón que sostenía su pantalón de denim, no hubiera definido a su esposo como perfecto o ideal ni mucho menos. Andrey le había parecido a Vladena bastante atolondrado, disperso, y suponía con razón que en la parte de la casa en que ellos habitaban, ella era la autoridad, mal que le pesase a su suegra.

Vencida por el hambre y ante la insistencia de sus suegros, la joven dejó la plancha a un lado de la tabla y luego de desconectarla fue a sentarse al lado de Vladena, por quien sentía una simpatía especial, además de su gratitud hacia ella por no haber puesto nunca en evidencia el deterioro de su condición física.

Ksenia era originaria de Katlapi, en la costa, y su cuerpo, en otro tiempo moldeado por la natación y las excursiones en busca de moluscos y piedras raras, se había resentido con la maternidad. Su rutina actual de carga de trastos y persecución de niños y aves de corral no eran sustituto para la actividad deportiva que conociera en su no tan lejana adolescencia.

Totalmente opuesto a la amistad que le unía a Ksenia, otra forastera como ella, acogida por una familia de carácter y condición muy distinta a la suya, era el trato con la hija mujer del matrimonio Krotidov, Ulana, casada con un instructor de artes marciales contratado por la Policía y residente en el centro de Valmiera. La forma en la que la miraba de arriba abajo y con sus pequeños ojos tratando de descubrir algo subyacente en los gestos y palabras de Vladena; la forma despectiva en que se dirigía a ella aquella mujer con cuerpo de niña, delgada y sin gracia, a quien no le sentaban bien los conjuntos deportivos de colores chillones con los que se presentaba en casa de sus padres, le habrían incitado a revelarse de no ser por la actitud conciliadora de su tía Iriza, quien tampoco adoraba precisamente a la muchacha a quien conocía desde su nacimiento.

Precisamente a ella se refería su madre. Ulana y su horroroso

atuendo de franela multicolor se habían dejado ver un par de días atrás.

- Está intentando quedar embarazada, pero hasta ahora no han estado ni cerca. - comentó la anciana. - No quiero pensar que Alecs ... - agregó haciendo una mueca de decepción y mostrando el pulgar orientado hacia abajo.

Escuchando en silencio la conversación, Vladena se preguntaba si aquel cuerpo esmirriado sería capaz de atraer físicamente a su pareja, primero, y de albergar a una criatura de por lo menos tres kilos de peso, después. Se sorprendió a sí misma abriendo la boca y dejando fluir palabras que interesaron a sus contertulias.

- En Riga – comenzó a decir luego de aclararse la garganta con un último sorbo de café – se consiguen medicinas naturales, de la India o lugares así, que sirven para eso. Tónicos y tés para la fertilidad.

Su anfitriona siguió con atención cada una de sus palabras.

- No creo que el problema sea mi Ula, si es tan saludable y lozana – replicó. - Pero voy a decirle que lo averigüe. Sería bueno tener la guía telefónica de Riga! Pero no le será difícil conseguirla...

Acto seguido se dirigió hacia un gabinete en el que guardaba papel y lápiz, para tomar nota de aquella información antes que la olvidara.

- Lo que es yo debería haber tomado algo pero para conseguir el efecto contrario – comentó la rolliza nuera de los Krotidov. - Apenas casados, pop!, estaba embarazada de Sascha, y luego, ni había terminado de parir y ya, pop,pop!, ya estaba horneando a los mellizos!

El patriarca Stepan rió como disculpándose con sus comensales por el comportamiento de su nuera. No esperaba, es cierto, la efectividad que demostró tener la esposa de Andrey en el plano maternal, pero

era indudable que adoraba a sus nietos, con quienes era generoso e indulgente aún a costa de ocasionales discusiones con su propia esposa.

El silbido de la tetera anunciando el hervor del agua capturó la atención de todos los comensales. Stepan se puso de pie con lentitud y se dirigió hacia la cocina de la que provenía también un delicioso aroma. La conversación de las damas viró hacia ciertos temas de actualidad mientras que el señor Anukrans mordisqueaba un panecillo, aperitivo provisto por los anfitriones. Ksenia abandonó la mesa para asistir con la tetera mientras su suegro iba a buscar el manjar que había preparado para agasajar a sus invitados.

Traía en sus manos una fuente de forma rectangular y unas tres pulgadas de grosor, en la que se veía una especie de tortilla de papas dorada por el calor del horno. Al hincar el cuchillo en la crocante cobertura y comenzar la distribución de los platos, los asistentes pudieron observar la masa heterogénea que se ocultaba debajo, compuesta de carne molida, huevos y hortalizas. Aquella gloriosa visión abrió mucho más el apetito de todos.

- Estupendo, realmente estupendo - comentó Viktors Anukrans, entusiasmado. - Un verdadero triunfo, Stepan.

- Es la receta de mi madre, que en paz descanse - dijo el aludido con modestia. - Tortillas, sopas y embutidos; así nos hemos criado yo y mis hermanos.

- Pero a ti no te han hecho mucho efecto, por lo que se ve - replicó su esposa riendo. Stepan ya conocía aquella antigua broma de su mujer, que ya había perdido su gracia. Le respondió como de costumbre:

- Ya sabes que soy de digestión rápida, disculpando la mesa.

Todos los asistentes, lejos de ofenderse, celebraron la audacia de aquella pareja de personajes. No se pasaba un día triste en aquella casa. Incluso los momentos menos agradables se sobrellevaban con

chanzas y diálogos que en otro lugar hubieran parecido inapropiados para ciertas ocasiones. Como rey y reina de su hogar, era así como lo querían y sus agasajados recibían de buen grado tanto la comodidad material como las diversiones que proveían sus anfitriones. Por supuesto, eran bastante más parcos y formales puertas afuera, frente a la sociedad con la que ya no se sentían tan cómodos como antes. Sus bromas añejas iban pasando de moda y las de los jóvenes les resultaban incomprensibles.

Mientras Stepan sostenía al plumífero que aleteaba con desesperación, consciente en cierta forma de su destino, Viktors deslizaba el cordón por entre sus patas antes de cerrar el nudo. Las mujeres observaban, riendo y comentando en voz baja acerca de las características de cada una de las aves, a cuál más gorda y de más profuso y vistoso plumaje. Iriza fue la primera en divisar a Ksenia, quien se acercaba caminando con prisa y resoplando, no por debilidad propia sino por la dificultad de desplazarse sobre el lodoso suelo.

- Teléfono, señora... -dijo mirando en dirección a Iriza, de quien había olvidado el apellido-. Su hijo... Uldis? Correcto?

- Mi hijo? - repitió la anciana. - Cómo sabe él que estamos aquí? Tú le dijiste? - preguntó luego a Vladena, con seriedad pero sin enojo en su voz.

Ésta se encogió de hombros, tan sorprendida por la repentina llamada como su tía.

- Yo no lo he visto en mucho tiempo, igual que usted, tía.

- Parece ser que estaba averiguando, al azar, se podría decir - terció entonces Ksenia disculpando a su amiga. - Ha llamado a su casa y al no encontrarse usted allí...

- Bueno, bueno. Pues qué es lo que quería? Dejó algún mensaje?

- De hecho vendrá a verle aquí, en una hora más o menos. No ha dicho nada de lo que quiera decirle, solo eso.

El matrimonio Krotidov estaba escuchando esta conversación aún con las manos ocupadas en la faena gallinácea.

- Será bueno verle. Vamos a esperarle entonces.

Los Anukrans parecían menos interesados en el arribo del hijo de su amiga. Por supuesto que conocían a Uldis; habían tenido que espantarlo del lado de una de sus sobrinas, cuando ya empezaba a asomar el gañán, el delincuente en que se había convertido, al menos en cuanto a lo que sus ojos podían juzgar.

Doloroso papel el de una madre como Iriza que debía erigirse en abogada defensora de sus hijos frente a la opinión de sus pares.

Antes de volver a entrar en la casa, la mirada de Ksenia se cruzó con la de Vladena y ambas asintieron levemente y con una tenue sonrisa. Esta última apenas podía disimular la conmoción interior que le provocaba el deseo de volver a ver a su amigo, a la persona que para ella significaba más que nadie en esta vida.

A la sombra de los bellotos tuvo lugar lo que ocurría de ordinario entre Vladena y Uldis. El único hombre que ella había conocido en el aspecto carnal y al que se entregaba sin reservas y con una pasión

rayana en la lascivia, para recobrar su compostura y semblante serio una vez que volvía a abrocharse el sostén y cubrirse con la blusa. Él volvía a enrollar la manta sobre la que se amaron y sacaba del compartimento un par de botellas de refresco y un par de hamburguesas que había comprado en el camino. Le tendió además un sobre abierto, el que ella recibió con sorpresa, sin apresurarse a revisar su contenido, hasta después de terminado el improvisado almuerzo.

- Es el final de tu vida, Laumina – le susurró al oído. Ella sintió un estremecimiento al oírse llamar por un nombre que había casi olvidado que era el suyo.

Dentro del sobre había dos piezas de papel: un recorte de diario de la sección Obituarios, con versos y palabras de condolencias dedicadas a Valentin Schimorodev, fallecido el 19 de agosto, de parte de sus “colegas de la Corporación de Empresarios del Acero” y de sus “compañeros del Partido Autonomista”.

- Falleció por peritonitis, el viejo perro. Se empezó a sentir mal y al otro día... - explicó Uldis moviendo la cabeza hacia un lado y sacando la lengua. - Nadie realmente sabía lo mal que estaba hasta que estiró la pata. Ahora su hijo tomará su lugar pero no será lo mismo. No tiene la misma autoridad. Se lo van a comer vivo.
- Y tú qué harás? - preguntó ella con ansiedad mientras desdoblaba el otro papel, que ocupaba una hoja completa de tamaño carta.
- Encontraré otro trabajo. Había estado guardando algo de dinero para un momento así. Sabes lo que quiero hacer? Quiero abrir una tienda de reparación de estos teléfonos móviles. He leído bastante sobre el tema y por lo que sé incluso en Riga no existen más que dos o tres de estas casas. Y conozco a un polaco, ingeniero en la compañía de teléfonos, que también me ha enseñado algunas cosas...

Calló al ver la expresión suspicaz de Vladena. Prefirió no agregar a todo cuanto había dicho, que proveía a aquel extranjero de números de teléfono de “escorts”, muchachas universitarias en apuros y con poco que perder.

La hoja de papel que Vladena tenía ahora en sus manos contenía una sentencia del Tribunal de Distrito de Jurmala, según la cual se declaraba a Laumina Zuromska legalmente fallecida, visto y considerando que no se habían tenido noticias de su paradero ni encontrado su cuerpo al cabo de cuatro años. Con este documento junto con la noticia de la muerte de su captor, se daba fin a la existencia de una persona que hace años había dejado de tener entidad. Aquella noche en que el Pichón debería haber arrojado su cadáver perforado por una bala a las aguas del Versupite.

- Qué vas a hacer tú ahora? - fue la pregunta que le espetó su salvador, mientras ella guardaba el sobre en el bolsillo de su chaqueta. Quitándose algunas hebras de pasto seco del cabello, Vladena respondió:
 - Qué más que ir a trabajar mañana, a dar clases?
- Y brindando por ello hicieron chocar, con un tintineo que se perdió entre los árboles, las botellas de Coca Cola ya casi vacías.

Uldis no necesitó preguntarle a Vladena acerca de sus padres, pues intuía y creía conocer bien cual sería su respuesta. Ella desearía enterrar definitivamente a Laumina Zuromska, y continuar por el momento la comunicación indirecta de la manera que había ideado años atrás, y que volvía a repetirse en aquella ocasión. Uldis enviaba

desde otro lugar la tarjeta postal que Vladena le extendía, en la que él escribía la consabida dirección de la casa de veraneo de sus padres, agregando algunas palabras alusivas o bien a su propia supuesta situación o a alguna festividad próxima o pasada y en la que Vladena firmaba “Dimitri”. Este era el nombre de un pariente lejano de su madre, y el que ella hubiera elegido, según le dijo en más de una ocasión, si Laumina hubiera nacido varón.

El mensaje dentro del mensaje, la prueba de vida, por así decirlo, de Laumina, fue recibida y comprendida desde la primera vez por su madre, quien al recibir un par de meses después otra tarjeta con el mismo contenido y del mismo remitente, vio aumentado su regocijo. Más lo que ella veía no era compartido por su esposo, a quien le mostró la primera tarjeta sin decirle nada, y al no ver el nada fuera de lo normal, nada más dijo, guardando esa alegría para sí misma. Entendía además que aquella supuesta prueba de vida no se sostendría en ningún tribunal, pues las diferencias eran muy sutiles con respecto a la letra del otro redactor, si es que era otro. Ella como madre reconocía la caligrafía de su hija aunque ésta pretendiera mimetizarla con otra. Y en sus oraciones, que desde entonces aumentaron en frecuencia e intensidad, pedía a Dios que le hiciera saber a su hija pródiga que el mensaje había llegado a su destino.

Un tiempo después Yelizabeta Zuromska se regaló para su cumpleaños un brazalete de plata, en el que hizo grabar, en la parte exterior, el nombre de su hija, y en la parte interior pidió que se inscribiera “Lucas 15:24”, como recordatorio para sí misma.

El tiempo de recreo estaba a punto de terminar. Aunque el viento se arremolinaba en el patio y empujaba el aguanieve hacia las paredes y amenazaba con llevarse los gorros y derribar las capuchas de las chaquetas, los niños no parecían amedrentados, sino ávidos de jugar y correr, empujándose unos a otros, apretándose en grupos según su género y compartiendo unos con otros sus víveres. Vladena y un par de colegas buscaban refugio en un corredor, desde el cual podían observar a los infantes que estaban más cerca de ellas, pero apenas divisaban a los más lejanos. La celadora rondaba por allí, más preocupada del estado de las ventanas embarradas de escarcha que de las travesuras de los alumnos, a quienes su figura encorvada daba la impresión de una bruja o un espectro, enfundado en un desgastado uniforme color púrpura.

La maestra Privrilova, apoyada en una esquina con una pierna flexionada, ensuciando sin querer la pared con la suela de su zapato, repasaba la lección que daría en la hora siguiente, en la clase de lenguaje. El texto había sido escrito en la máquina de escribir eléctrica de Pauline, resumiendo lo expresado en el grueso volumen que usaba como referencia.

De pronto oyó una voz infantil, como un lamento desesperado, y vio a una de sus alumnas, Karla Jurjane, una rubiecita pecosa de grueso porte y andar vigoroso, acercándose a ella llevando del brazo a un niño de primer grado, el que tenía las manos atadas con una cuerda trenzada de material sintético.

- Es mi hermano, Edvins - explicó, con más urgencia que tristeza, como si éste se hallara en peligro inminente -. Estaba con otros niños jugando; yo no le ví, y cuando le encontré estaba así.

- Pero, quién te hizo esto? - preguntó Vladena entonces con angustia, intentando deshacer los nudos amarrados con fuerza y de un modo que ella nunca había visto. Eran nudos de extraña confección y hechos para apretar más a medida que los puños intentaran desasirse.

Tartamudeando por momentos, el niño dio una descripción que coincidía vagamente con la de Valdis Chekrans, a quien Vladena no había visto desde que abandonara el salón de clases.

Dejó al pequeño a cargo de otra maestra, una tal Mishinska, quien llevó a éste y a su hermana a la enfermería, y salió en busca de Valdis. Había sonado la campana y los alumnos comenzaban a retornar a sus aulas; el patio había quedado casi vacío. Luego de dar una vuelta por los pasillos adyacentes al patio, se le ocurrió echar una ojeada dentro del cobertizo en el que se guardaban los artículos de limpieza. Abriendo la puerta de un envión, vio como una piernecita que estaba extendida sobre el suelo se había contraído, detrás del basurero con ruedas. Vladena se sentó a un lado de éste, sin ver al pequeño que permanecía acurrucado del otro. Tosió para darse a conocer, pero no sintió ninguna respuesta del otro lado. Solo

el silencio. Los dos no podían verse el uno al otro, separados por una barrera plástica, cúbica, de un metro y medio de altura por sesenta centímetros de ancho.

- Donde aprendiste a hacer ese nudo?- preguntó al fin en tono casual, con voz amigable.

- Mi padre me enseñó - respondió Valdis con cierta vergüenza -. Los hace a veces a los animales para que no se escapen. Él lo aprendió en la Armada.

- Así que es marinero! Quién lo hubiera dicho? Quieres ser marinero también, Valdis?

- No! Yo quiero ser... ser... hmm, ya no sé.

- Está bien. Tienes aún tiempo para elegir, y si estudias mucho, tendrás más opciones.

- Y usted, siempre quiso ser maestra? - le preguntó entonces Valdis, asomándose por la esquina del contenedor.

Ella había pensado en ocasiones en su propia niñez; en aquel tiempo en el que todo parecía posible y la vida era una serie de experiencias mágicas que le esperaban a diario en las risueñas calles de su ciudad natal. Pensaba en su escuela primaria en Liepaja, en los útiles escolares, tan burdos comparados con los brillantes adminículos que ostentaban los niños de la nueva generación; en sus amiguitas y en su primera infatuación, Oleg Chornomidin, y su flequillo perfectamente peinado. En Jana Artmene también pensaba, su querida Janka, compañera del primer al último año de escuela. En sus hombros raquíuticos, su frágil postura y su tez pálida. Más de una

vez Laumina había expresado a su madre el temor de que Jana no sobreviviera un invierno más, y la tristeza irreparable que sentiría al continuar su vida sin su amiga del alma. Pero la fuerza interior de Jana le mantenía con vida, contra todo pronóstico, y allí estaba ella cada mayo y cada septiembre, de ida y vuelta de la aldea a la que su familia la llevaba para aprovechar lo mejor del verano y llenar sus delicados pulmones de aire campestre. Jana seguía allí, y seguramente en algún lugar estaría ahora, si acaso la tragedia de haber sobrevivido, según creería, a su amiga relativamente más sana no la había derribado.

Vladena seguía escribiendo a veces, con su prolija caligrafía, en sus propios libros de estudio lo que escribía en los cuadernos de su compañera: "Jana Vive", como una aseveración. "Vive, Jana", como una orden.

Estaba a punto de responder a la pregunta de su alumno cuando la puerta entornada se abrió del todo y la celadora asomó su espectral figura.

- Todo está bien, Ivona - le aseguró Vladena levantándose y tomando entre sus brazos a Valdis, quien se aferró a su vestido.

- Cuando era niña - le dijo mientras se alejaban en dirección al salón de clases - quería ser policía. Parece que se me hubiera dado bien, pues te he encontrado, pillín.

Valdis la miró con ademán compungido, buscando su apoyo frente al inminente castigo.

- Estábamos jugando a policías y ladrones. Él estaba detenido, y se me ocurrió amarrarle las manos, como esposas, sabe?

- Y de donde sacaste esa cuerda?

- La cuerda? -. Valdis frunció el entrecejo, como si le costara recordar, y luego agregó muy decidido-. La encontré en mi casa, en la cocina. Tenía un... cómo se dice?

Y con un dedo dibujó un círculo en el aire, como un lazo. Vladena se detuvo en seco. Valdis, que intentaba explicarle que él había cortado la parte utilizable, dejando de lado el lazo, no comprendió porque ella era quien le abrazaba ahora, con cariño pero con firmeza.

Tarawa era un poco más que un bar y menos que una discoteca, ubicada en el camino a Saitupi. Era el lugar de encuentro de jóvenes de ambas poblaciones, y de descanso de los camioneros que tomaban la carretera a Gulbene o hacia la frontera norte. Estaba decorado en un estilo rústico similar a un "saloon" del Medio Oeste americano, pero con elementos propios del país, tales como un par de bastones de hockey formando una X, o carteles de propaganda de la era soviética. La música que sonaba en el lugar también era una mezcla de pop vanguardista con melodías del pasado reciente. En ese sentido también se le podía considerar un lugar de transición, de encuentro de generaciones. Los bien nutridos transportistas, acodados en la barra bebiendo cerveza o "kandza" miraban por encima del hombro, o por medio del enorme espejo rectangular ubicado en forma oblicua sobre la cabeza del cantinero, los avances de los jóvenes que procuraban no terminar la noche solos, y la distinta actitud de unas u otras muchachas, algunas más agraciadas que otras; más tímidas, más audaces, algunas siempre sonrientes,

otras ceñudas y quisquillosas. Los hombres, en especial los más adultos, preferían el billar o los dardos. Las muchachas probaban su destreza en un par de máquinas de "arcade" que por insistencia de los amigos de sus hijos, Vasili Oborin había comprado a un importador que ofrecía estos artefactos de segunda mano traídos de Alemania.

Acertó el mercader, así como su hija Alyona al secundar su opinión, de que aunque la instalación del Street Fighter II en su local significaría un gran aliciente para la concurrencia, el mismo interés que suscitaba lo obligaría a proveerse de una alternativa, pues la máquina estaría, como estaba aquella noche otoñal, permanentemente ocupada. Final Fury, tal el nombre de la segunda consola, tampoco carecía de adeptos y adeptas. Aquello fue lo que más sorprendió a Oborin; las señoritas se batían a duelo entre ellas, a veces una de ellas con un varón, o en equipos mixtos. Vasili los observaba y entendía que en aquellos días posteriores a la recesión del año 95 los jóvenes necesitaba un medio para descargar su frustración y agresividad hacia un mundo a la vez exigente y hostil para con ellos.

Entre la audiencia se encontraba Vladena Privrilova, vestida con una chaqueta de color negro que le quedaba bastante holgada, y pantalones deportivos también de corte varonil. El cabello lo llevaba suelto, luciendo un impecable planchado. Aunque estaba de pie junto a la joven que operaba con desmedida energía la palanca del videojuego y apretaba los botones con desesperación mientras su novio le propinaba una virtual paliza, su atención estaba centrada en un hombre sentado en el otro extremo de la sala, con la espalda y el cuello erguidos como un señorito francés, bebiendo de a sorbos una enorme jarra de cerveza y comiendo una mezcla de papas y

"nuggets" de pollo fritos, una de las especialidades de la casa destinadas a estimular la sed de los parroquianos y la codicia de las muchachas que se hacían invitar aquellas menudencias por sus pretendientes. A Vladena le parecía repulsivo el hecho de que aquel sujeto que fuera causa de tantas penurias y privaciones sufridas por su propia familia fuera capaz de comer y beber en abundancia y con un ánimo totalmente desprovisto de remordimiento o culpa. Unas horas después su esposa e hijos sufrirían las consecuencias de sus excesos, pero por lo pronto, él estaba satisfecho y feliz y aquello era lo que importaba.

Se le ocurrió también que un consumidor pantagruélico como él debía ser muy estimado por el dueño del recinto, quien sacaría cuentas felices de su visita (por la solícita y amable atención que recibía, era evidente que era un cliente fiel y buen pagador). Si algún rumor llegara a sus oídos que mancillase la honra de tan buen amigo de la casa, el dueño no podría menos que dejar tales habladurías puertas afuera y solo preocuparse de mantener satisfecho al comensal. Por lo que entendía Vladena habiendo leído el cartel que rezaba "La casa se reserva el derecho de admisión" no sería así en todos los casos, pero aquél debía ser algo especial. Acaso con alguna otra clase de favores de por medio... pues siempre podría perderse alguna cabeza de ganado, de la que el Tarawa podía proveerse para preparar sus entremeses.

Esto último no por falta de evidencia dejaba de ser posible; Vladena había oído a Uldis relatar casos similares, en los que él había sido partícipe necesario. Y la necesidad de encontrar en su ánimo un motivo para enfrentar a aquel sujeto, sumado al efecto que el "gin

tonic" empezaba a ejercer sobre ella, trajeron este recuerdo a su memoria algo trastornada.

Sin sentir sus propios pasos, se vio frente a la mesa de aquel hombre de pómulos caídos, marcados por una especie de viruela, cuyos cabellos, algunos aún de color de cobre, otros blanquecinos, ocultaba parcialmente una gorra similar a las de los cadetes del Ejército.

Viendo frente a sí los destellos de una camiseta con aplicaciones en dorado bajo la chaqueta de una muchacha, él levantó la vista y se encontró con su sonrisa y sus ojos de mirada penetrante. Vladena se había preocupado de ensayar esta expresión de su rostro para disimular la repulsión que sentía hacia aquel individuo.

- Puedo sentarme? Estoy muy cansada - dijo ella con una voz que expresaba hastío de una manera hartamente convincente. - Mucho tiempo de pie y empiezan a dolerme las piernas.

Para reforzar el efecto deseado colocó sus rodillas juntas y los pies sobresaliendo a ambos lados de la mesa. Aparentar vulgaridad era algo bastante difícil para una muchacha de buena educación como lo había sido la difunta Laumina. Su transformación en una humilde chica de pueblo había sido difícil pero lo había logrado en base a la observación de jóvenes como Ksenia y algunas compañeras de Universidad. Ahora había de descender aún más con tal de resguardar su verdadera identidad e intenciones, disfrazándose de mujer de vida disipada. El comensal, entre molesto e intrigado, hizo un gesto con los labios algo grasientos indicándole que podía tomar asiento frente a él. Sus ojos no se elevaban más allá de la altura de los codos de la muchacha que suspiró hondamente extendiendo los

brazos sobre la mesa, como náufrago que se aferra a una tabla.

- Qué noche, eh? Y recién comienza! - dijo la joven con afectado entusiasmo, intentando atraer la atención de su compañero de mesa.- Eso se ve delicioso. Puedo probar? - inquirió señalando el plato del que comía su interlocutor sin hacer mucho caso de sus palabras. Parecía haber previsto que aquella era la intención de la mujerzuela. Y como ella se quedara mirándole al hacer esa pregunta, él pensó que sería poco caballeresco deshacerse de ella, máxime en el estado de abandono en el que parecía encontrarse. Hizo una seña al cantinero pidiendo que sirviera un plato igual al que él estaba consumiendo.

- Qué bebe usted? - le preguntó de manera ruda y con voz hueca, varonil e inexpressiva.

- Un vaso de vino tinto estará bien - respondió ella sonriéndole de una manera algo grotesca. - Gracias por la invitación, señor...

- Grudars. Francis Grudars - mintió él, lo que le hizo pensar a Vladena que no sería la primera vez que él conversara con otras mujeres, acaso ocultando su verdadera identidad para desconocerles en caso de encontrarles en otro lugar.

- Yo me llamo Lilya, Lilya Adigeva - dijo ella mintiendo a su vez. - Vengo de Ranka y un camionero me acercó hasta aquí y ... oh, diantre, ya se fue - añadió mirando a su alrededor, buscando a nadie.

- Está usted de gira o algo así? Es cantante acaso? - replicó el con sorna, mientras miraba las manos algo desgastadas e hinchadas de la joven (Vladena se las había frotado con una solución de limpieza para baño, para que la frescura y suavidad de su piel no le delatara).

- Intento serlo, pero algo... no sé, cuando parece que por fin la voy a pegar, como se dice, siempre algo sucede y... pero en fin, sigo insistiendo. Estudié canto y piano de niña - (esto era cierto en lo que respecta a Laumina). - Y a los 16 me fui de la casa y empecé a girar con unos amigos... le estoy aburriendo? - dijo interrumpiendo su relato para tomar aire y añadir más mentiras a su biografía inventada.

- No, no, continúe usted - respondió su interlocutor con algo más de interés, puesto que valía más escuchar aquellas zonceras que permanecer solo con sus pensamientos. - Malos padres, eh? Los hay más malos que buenos - comentó de una manera que confundió a Vladena.

- Quizás algún día piense que yo he sido la mala hija, y de hecho a veces lo pienso, pero... bueno, no he hablado con ellos en un año o más... Solo les llamo para que sepan que estoy viva y escucho sus críticas e injurias... y la eterna comparación con mi hermana, Nadezhda, que está en la Universidad, que está comprometida y qué se yo...

- Y a usted... cómo le va con los hombres? - inquirió él ahora demostrando verdadero interés, fijando sus pupilas en las de ella, y acercando su mano al centro de la mesa. Vladena se echó hacia atrás, actuando fuera de su personaje, de cuya historia ella misma comenzaba a convencerse; no pudo evitarlo por más que sabía que debía fingir sentirse atraída por el padre de Valdis.

- La verdad... un poco cansada de ellos, pero vaya que son necesarios - dijo recomponiéndose -. A veces encuentro alguno

decente y pasamos una buena noche pero... nada más que eso. - agregó pasándose los dedos por la barbilla.

- Y qué piensa usted de mí? - preguntó el supuesto Grudars esbozando una sonrisa que pretendía ser seductora.

"Diría que eres un cerdo infeliz", hubiera dicho Vladena, "de peor clase que los que llevas al matadero".

- Pensaría que está usted intentando evadirse de algo, o de alguien, viniendo aquí, solo, a estas horas... No tiene usted una familia que lo espera? Una esposa que le prepare una buena cena ... algo mejor que esto? Es decir, igual se lo agradezco, y está bien para mí, pero...

Con un gesto de su mano él le detuvo, cuando sus palabras comenzaban a adoptar un tono de modestia y autoconmiseración más auténticos.

- Tengo esposa e hijos, sí. Los tengo y no... O sea, esposa sí, pero no mujer, si usted me entiende. - "Lilya" abrió los ojos con sorpresa mientras él agregaba -. Y en cuanto a mis... mis hijos, quién sabe. Son míos porque yo los visto y alimento. Pero si debiera decir que estoy ejerciendo como padre...

Se quedó en silencio mientras sacudía la cabeza intentando sacudir un pensamiento oscuro de su mente. Vladena sintió el impulso, cosa extraña, de consolarle, de tomar su mano o expresar palabras de aliento. Pero se contuvo, sin saber tampoco por qué, y le dejó reponerse por sí solo.

No hubiera creído que su esposa fuera esa clase de mujer, pero debía admitir que tampoco la había conocido tanto como para formarse

una idea de su catadura moral. Si no le hubiera visto en el estado que la vio, quizás se hubiera inclinado a creer de todo corazón en la acusación que su marido formulaba en confidencia a una extraña. O era esta compunción el anzuelo de aquel hombre por lo demás muy poco atractivo para ganarse el favor de las muchachas que encontrara en sus correrías?

Mientras un grupo de chicos y chicas batía palmas y azuzaba a un miembro del grupo que bailaba con exhuberancia payasesca al son de una canción de moda, ellos dos miraban con circunspección como si su conversación versara sobre asuntos súper confidenciales y delicados.

- Baila usted?

- Va a invitarme? - respondió ella riendo de buena gana ante la inesperada pregunta.

- No, no quiero ser yo el que baile con usted. Pero creo que una bonita mujer como usted se vería muy bien allí - dijo moviendo la cabeza en dirección a la improvisada pista de baile.

- Probablemente... pero no quisiera robarles el protagonismo - replicó a su vez Vladena/Lilya, divirtiéndose de veras frente al torpe coqueteo de aquel a quien esperaba de una vez incitar a abandonar la mesa.

Siguiendo el compás de una balada de la década pasada, tamborileando primero con los dedos sobre la mesa y poniéndose luego de pie, Lilya comenzó a mecer su figura frente a los ojos cada vez más atentos de su acompañante, mientras se acercaba a los jóvenes que danzaban con menos entusiasmo del que demostraran

momentos atrás. Se movía entre ellos como una más del grupo, mirando ora a uno, ora a otro, coqueteando con chicos y chicas alternativamente. Ellos recibían sus atenciones de buena gana; a ellas aunque su perfume barato y apariencia descuidada les producía una impresión cercana al rechazo, les convenía tener a alguien junto a ellas que por un momento alejara a las potenciales parejas y provocara celos en ambos bandos para encender aún más el deseo, que pronto se materializaría en pasión física.

Grudars, que había terminado su cena, apoyó la cabeza sobre su mano, con el brazo en escuadra sobre la mesa, y ella podía sentir su mirada en cada giro y cada movimiento de su trasero, poco acostumbrado éste a esta clase de contorsiones. Procuraba ella excitar su deseo, incitándole a continuar el coloquio interrumpido en otro ambiente. La parte de su cerebro que analizaba las razones de su actitud, aquella que le recordaba que lo que ella debía conseguir era la vindicación de la dignidad ultrajada de la familia de este individuo, debía apagarse o al menos atenuarse y así lo hizo, por efecto del alcohol y del mareo producido por la exhuberante danza.

Supo que había cumplido su cometido cuando al detenerse y regresar a su mesa, entre los besos y las felicitaciones que le prodigaban sus momentáneos compañeros de baile, Grudars se apresuró a sostenerle, como movido por un resorte, y con sus manos aferró suavemente los brazos de la dama, que resoplaba y sacudía la cabeza con gracia apartando los cabellos que nublaban su visión.

- Entonces, caballero, he cumplido con sus expectativas? - preguntó ella, a lo que Grudars respondió:

- Totalmente, e incluso lo ha superado.

- Podría haberse unido al grupo... o bien podríamos bailar los dos.

Incidentalmente comenzaba a sonar "Estrellas que brillan sobre el Daugava"; la melosa voz de Mirdza Zivere invitaba al romántico encuentro de las parejas que comenzaron a abrazarse y juntar sus manos.

Con gentileza pero con decisión, lo atrapó entre sus brazos y lo atrajo hacia las luces que demarcaban los límites del área reservada para los bailarines. El cantinero no podía creer lo que veían sus ojos. Su mirada se cruzó con la de la joven que orgullosa presumía su presa y la del parroquiano que confesaba no saber qué estaba haciendo ni porqué.

Quién vió la estrella de la mañana

saliendo por la noche?

Quién vió al pobre niño

marchar a la guerra?

Vladena susurraba estos versos al oído del padre de Valdis aunque no tuvieran relación con ellos ni con el momento que estaban viviendo. Solo seguían la melodía, pegados el uno al otro. Compartían, sí, un sentimiento de nostalgia, conocido el de él por ella; desconocido el de Vladena por su presa. Sentía como el olor a grasa y gasolina que despedía la vestimenta de su pareja de baile se colaba por sus narices, al tiempo que las manos rugosas y de uñas prolijamente cortas le acariciaban los hombros con creciente firmeza.

Bailaría el alguna vez así con su esposa? Quedaría en su malogrado matrimonio espacio para expresiones afectivas de este tipo? Las

había habido alguna vez?. Ella se preguntaba esto acerca de él. Con respecto a ella misma, no cabía duda: todos los momentos especiales llevaban como rótulo el nombre de Uldis.

Él se apartó de ella apenas terminó la canción y volvió a sentarse, resoplando, con el mentón apoyado en el pecho y las manos sobre las rodillas. Vladena temió que se desvaneciera en aquel lugar y se viera obligada a socorrerle, con lo que se expondría más de lo que lo había hecho, o a abandonarle, lo que hubiera supuesto una pérdida de tiempo, teniendo a su presa casi en las manos.

Le ofreció un vaso de agua que recibió del cantinero y en la que notó que había este puesto una pastilla efervescente. Debían estar habituados, pensó, a auxiliar a parroquianos a quienes el exceso de licor producía indigestión o reflujo. Más que nada por no estropear el ambiente y conservar la buena reputación del recinto, les asistían con prontitud, eficiencia y discreción. Y siempre existía la opción de la puerta trasera para los violentos o desmayados.

Apoyando la nuca contra la pared, tardó poco en recobrar su anterior estado, y mirando con cierta vergüenza a su compañera de baile dijo:

- Ese perfume...

- Qué tiene el perfume?

- Ese aroma... hace mucho tiempo... vuelvo a sentir ese olor...

Tosió con una fuerza que hizo vibrar la mesa y el servicio. Señaló a su interlocutora y añadió:

- Conocía a alguien que usaba ese mismo perfume. Brisa Marina. Jolena era su nombre... fue hace muchos años...

La curiosidad comenzó a picar en el ánimo de Vladena mientras él

susurraba aquellas palabras como si le doliera pronunciarlas, como si estuviera rascando la costra de una antigua herida.

- Qué pasó con ella? - preguntó Vladena consciente de su propia imprudencia, pero sin poder evitarlo.

- Murió muy joven... más joven que tú... ella y yo... íbamos... pero no alcanzamos...

Vladena echó instintivamente la cabeza hacia atrás como quien destapa una cacerola y recibe la nube de vapor y calor en su cara. Y era una olla bastante grande la que ella acababa de destapar. Sin quererlo había tocado la fibra más sensible de un hombre al que se había obligado a odiar.

Grudars también parecía arrepentido de lo que acababa de confesar, y agregó enseguida:

- Yo tengo una esposa e hijos... Son buenos, buenos chicos, y ella... pero nunca como Jolena. Procuré casarme pronto para poder olvidarle, pero... no puedo, no puedo... Y tampoco puedo mentirle a mi mujer, porque... - acercándose más a Vladena le dijo - es de esas personas que lo miran a uno a los ojos y adivinan sus pensamientos. Ella... se mete en mi cabeza. A veces me da terror mirarla, e incluso cuando no lo hago... siento sus ojos como garras sobre mí - cerró con los dedos crispados apoyados sobre la mesa.

Los ojos de Vladena le transmitían la compasión y comprensión que en el fondo su alma sentía sin poder evitarlo, y que se permitió expresar como lo hubiera hecho cualquier desconocida ante esa situación. Llamó al cantinero y pidió la cuenta, la que ella hizo

ademán de querer saldar, sacando su billetera, a lo que Ainars Chakstes se resistió.

- Yo la he invitado, y yo pago - dijo antes de apurar el último sorbo de cerveza-. Y permítame que la lleve al menos hasta Smiltene. Yo voy de vuelta a casa. Larisa debe estar preocupada - añadió mirando su reloj, un viejo Raketa de color esmeralda con calendario. Faltaban diez minutos para la una de la mañana. La tía Iriza debía estar dormida, a menos que la señora Patmale tuviera algún acceso nocturno de fiebre o diarrea. Vladena no quería imaginarse llegando a esa edad y siendo dependiente de otra persona hasta en sus actividades más íntimas. Para tener semejante destino al final de sus días, más le hubiera valido recibir el disparo en la nuca y flotar en el Versupite.

El enorme MAZ color crema y su trailer en el que viajaban los pasajeros de cuatro patas esperaba bajo un farol. Grudars avanzaba con paso decidido aunque le flaquearan un poco las piernas; tampoco había sido fácil avanzar en medio de la masa juvenil.

- Sabes conducir?- le preguntó a Vladena.

- Automóviles. Pero supongo que no habrá mucha diferencia.

Respiraron el aire fresco de la noche otoñal durante algunos instantes, y luego con ademanes de cortesía él le ayudó a subir al camión, ascendiendo a su vez por el lado del acompañante. Bramando con violencia el motor se puso en marcha y la mole de acero avanzó guiada por las pequeñas manos de una mujer, mientras el hombre daba indicaciones en voz alta para que se oyese por sobre el rugido de la máquina.

El plan estaba saliendo como lo había previsto. Pero cómo iba a llevarlo a cabo? Dejándole él en el poblado, seguramente insistiría en prolongar la tertulia o en mantener el contacto hasta una próxima ocasión. Y aún si ella se negara, se maldeciría a sí misma por haber malgastado esa noche.

Seguramente él le veía como una resurrección de su malogrado amor de juventud. Maldito perfume, elegido por Pauline para ella! Ahora no podría deshacerse de él. Grudars diría que había encontrado a la mujer en quien podía ver a su Jolena, en lugar de insistir en olvidarla en brazos de quien se ofreciera a ayudarle.

Los minutos corrían y también la hilera de árboles y de luminarias iba pasando a su lado. Súbitamente Vladena sintió una punzada en el estómago y la recibió como una señal divina.

– Debemos detenernos - dijo sin apartar la vista del camino frente a ella.- Necesito... ir al baño.

Grudars le ayudó a guiar el vehículo que estacionaron a pocos metros de un cartel que decía "IZMA - Fertilizantes y pesticidas - Su aliado contra las malezas".

Lilya quitó las llaves con presteza y le dijo haciendo oscilar el manojito frente a los ojos de él:

- Así me aseguro de que no te escapes y me dejes tirada aquí.

Y mientras descendía del camión, en su cabeza se debatía aún acerca de lo que haría a continuación. Entendía que aquel era el momento decisivo, pero no tenía claro lo que haría.

Caminó hacia un árbol que le pareció lo suficientemente grueso

como para ocultarla, y allí se bajó los pantalones. Responder al llamado de la naturaleza al aire libre no era problemático para ella; lo habría sido para Laumina, pero Vladena había recurrido a ello muchas veces en sus excursiones campestres sola o con Uldis. Aquella noche en la que cambió su destino fue la primera vez que lo hizo, y desde entonces aquel fue el sello de la transformación de su personalidad. Una de muchas cosas que Laumina Zuromska seguramente no habría hecho jamás. Todo aquello por causa de un hombre. Pero, cuánto no le debía a aquel hombre que por causa de ella dejó de cumplir con su deber, arriesgándose a graves consecuencias.

Buscó con una mano la cuchilla reversible que ocultaba en el bolsillo de su chaqueta mientras con la otra se apoyaba en el suelo para no perder el equilibrio. Estaba decidido. Fingiría necesitar ayuda para ajustarse los pantalones y entonces embestiría al hombre que cegado por la curiosidad no preveía su ataque. Le sentía cerca; había descendido él también del camión, impaciente de seguro por la tardanza de ella.

Iba a ponerse de pie cuando detrás suyo sintió un "clic".

- Estamos estreñidos? - dijo con tono burlesco la voz detrás de ella. Quiso darse la vuelta pero sintió el contacto del cañon en la parte posterior de su cabeza.

- Dame las llaves... y la navaja - ordenó con rudeza. Vladena tenía ambas en una mano, sobre su rodilla.

Grudars extendió la mano, y ella hizo el ademán de depositarlas en ella, pero en el último instante las arrojó un par de metros más allá.

Volviéndose él a mirar el brillante bulto que había caído al suelo, Vladena lanzó sobre su cara el puñado de tierra y hierba que había acumulado en su puño derecho. Tal como ella lo había calculado, Grudars apretó el gatillo, y ella esquivó la bala dirigida hacia su cabeza, y que impactó en un tronco a unos cinco metros de distancia detrás de ella. Vladena había previsto un escenario así, aunque lo consideraba poco probable; sabía que su mejor opción, antes que la huída, sería el ataque frontal.

Se deslizó a su lado, y Grudars, recuperando la vista, sintió la presión del delgado pero fuerte brazo de la muchacha sobre su cuello. Levantó el suyo para disparar hacia donde intuía que ella se encontraba, pero Vladena alcanzó a sujetar la mano que sostenía la pistola. Nuevamente percutió Grudars, y el tiro se perdió en el aire. La navaja seguía en el suelo, y Grudars echó el cuerpo a tierra para apoderarse de ella antes que su rival. Alcanzó a tenerla en la mano, pero la soltó para sujetar una de las piernas que ella había puesto sobre su espalda. Logró impulsar su cuerpo con la suficiente fuerza para quedar él encima de la muchacha, cuya garra firme no soltaba su cuello. Vladena había caído encima de la navaja, y Grudars con el brazo extendido apuntaba el arma hacia las estrellas. El próximo movimiento de cada uno podía ser el último, y ambos lo sabían.

En el fragor de la lucha, a Vladena le pareció ver un haz de luz en el camino; posiblemente otro vehículo que se había detenido con intención de asistirles, asumiendo que se trataba de una avería lo que había obligado al camión a detenerse. Pero no podía prestar atención a esto. No podía distraerse.

Grudars rodó sobre sí mismo con la intención de quedar de espaldas

y con Vladena en su campo de visión, pero ésta se levantó junto a él, y en el momento en que él doblaba el codo con intención de disparar hacia ella, sintió el punzante contacto de la cuchilla que entraba en su cuello. Sus sentidos se apagaron y su visión se volvió cada vez más borrosa y se oscureció totalmente al fin. Lo último que vio fue a aquella muchacha de cabello prolijamente planchado, hincada sobre su pecho, con una expresión de pena y compasión. A su asesina lamentándose por lo que acababa de hacer. Con el último estertor de su garganta mutilada y ahogada de sangre, ella creyó oírle susurrar: "Jolena..." al tiempo que su mano hacía contacto con la de ella, aquella mano que ahora se detuvo para siempre sobre su pecho.

Así es como se sentía Vladena Privrilova en aquel instante en que acababa de decidir el destino de un hombre; lo había juzgado y condenado, y ahora que todo había terminado y ella veía a aquel cuerpo palidecer y tornarse rígido y frío, se preguntaba si realmente había valido la pena. Qué diría su ahora viuda y su hijo? Sería aquello mejor o peor que seguir teniendo a su verdugo en su propia casa?

La conmoción física y emocional que sentía, sumada al efecto del licor que probablemente había influido en la feroz saña del duelo entre ambos le hacía insensible al frío. Pero como viera que tenues gotas de lluvia comenzaran a caer sobre los dos, se puso de pie con cierta dificultad y se encaminó hacia el vehículo. Su chaqueta estaba manchada de sangre, de la suya que brotaba de un corte hecho en la sien izquierda, y de la de Grudars. La luz que había visto momentos antes a un centenar de metros de distancia ahora se había apagado.

Eran los faroles de un Saporoches SAS 968 color rojo bermellón. Se ocultó detrás del trailer para observarlo con más detenimiento. Parecía no haber nadie en el automóvil, o al menos no se distinguía ninguna forma humana en su interior, desde donde Vladena lo estaba observando.

Con la pierna buena se encaramó a la cabina mientras extendía en el aire la otra, que le dolía intensamente. Cómo explicaría aquello a la tía Iriza? Tendría que inventar un accidente doméstico. Con todo, su tía no volvería hasta entrada la tarde, si acaso lo hacía, pues debía preparar el almuerzo de la paciente y esperar a que su esposo volviera del trabajo.

Se quitó la chaqueta y la arrojó a los pies del asiento del conductor. Revisando la guantera, de donde Grudars aparentemente había sacado la pistola, vio una botella de lubricante. Debería prender fuego a su abrigo para borrar las huellas. Lo mismo con la navaja, que había recogido con el mismo propósito.

Se encomendó a quien fuera que la estuviera oyendo, con la frente apoyada en el enorme volante, y puso el vehículo en marcha.

No se daría cuenta hasta llegar a su casa de que faltaba en su muñeca el brazalete con la figurilla en forma de V (confundible con una L cirílica). Tan pronto como ella abandonó la escena, la persona que conducía el SAS lo encontró y llevó consigo, dejando intacto todo lo demás.

La desaparición y el posterior hallazgo del cadáver del transportista no causaron mayor impresión, desplazados como se vieron por otra

tragedia ocurrida aquella misma noche: la explosión causada por una filtración de gas en un apartamento cercano al club de fútbol, en la que fallecieron tres personas, una madre y dos niños varones, uno de siete y el otro de once años. La conmoción que aquel terrible accidente causó en la comunidad escolar fue enorme, y aún resonaban sus ecos cuando se supo acerca de la muerte no accidental del padre de Valdis, quien estuvo ausente de la escuela por una semana. Vladena y la señora Podliskaya fueron a ofrecer sus condolencias, y la señora Chekstes, con las secuelas de su último encontrón con su esposo aún levemente visibles, demostraba en sus palabras y gestos una especie de resignación hacia lo inevitable.

- Ese camión – decía – aunque antiguo, aún vale algo. Por lo menos nos dejaron eso. Le robaron el dinero, eso sí, pero quedó el camión. Ahora tendrán que encontrar otro chofer... que no lo habrá como era él... En fin; toca ahora anotarse a la pensión de viudez, como lo hizo mi vecina, la señora Karane...

De esta manera, sin dejar que afloraran sus emociones, se expresaba analizando los pros y contras de su situación actual.

Valdis jugaba con bloques de madera, pequeños, de formas irregulares, de los cuales tomaba uno y otro y sobre la mesa armaba figuras que se parecían más o menos a animales o personas. Su hermana expresaba de manera más visible su dolor, acompañada por dos amigas. Las lágrimas corrían intermitentes por sus pómulos rojizos, y el estertor en su pecho semejaba el run run de un motor con la correa suelta. Precisamente como se debía sentir su corazón, pensó Vladena al verle.

Luego sabría Vladena que lo que había hecho había causado un desbalance peor que el que había.

Ella desconocía que la hija mayor de los Chekstes no era fruto del matrimonio; no hija de la viuda que sin mucho esmero llevaba el duelo por su difunto esposo. Y que la historia de la dichosa Jolena era más reciente de lo que él le contara a aquella mujerzuela que ella fingió ser.

Valdis se tornó aún más protector de su hermana mayor ante el desprecio de la madre de él y madrastra de ella. Cuando llegaban a la escuela, él era quien le llevaba de la mano, y él le ofrecía las palabras de aliento antes de entrar a clase. En los almuerzos, Valdis se apegaba a su hermana para asegurarse de que comiera, e incluso le amarraba los cordones de los zapatos.

- Ese niño es un hermano que ya se lo quisiera cualquiera de nosotras- dijo una maestra al pasar, un día en que Valdis limpiaba las hojas secas del cuello y la espalda de su hermana. La mirada de ella, de ordinario perdida más allá del horizonte, se fijaba en él, y su espíritu parecía encontrar paz y consuelo cuando sus ojos se alineaban con los de Valdis.

18 de noviembre; fiesta nacional. Vladena disfrutaba con infantil regocijo aquella fecha especial, desde que vivía junto a la tía Iriza. Sus padres, de la *nomenklatura* mas rancia, hubieran estado espantados al ver a su hija en traje de "campesina", como ellos le llamaban. Y efectivamente lo era, en aquel rincón de Vidzeme; era una entre aquellos que la habían acogido, primero en Valmiera en los años de estudiante y ahora en la escuela en Smiltene, dando el ejemplo a sus alumnos y alumnas. Los grupos de baile, los coros, la preparación de las comidas; todo aquel ir y venir le generaba un éxtasis que incluso hacía sonreír más de lo habitual. Terminaba aquellos días exhausta, pero más feliz que en el resto del año, incluso en el verano.

La estancia obligada en el interior del recinto incitaba a los niños, quienes actuaban de la misma manera frenética característica de su

edad, a buscar mutua compañía y a agruparse como las abejas en el panal. Además, los refrigerios, el chocolate caliente y las galletas y bollos de pan dulce hechos por sus padres o abuelos, les mantenían contentos y deseosos de compartir aquella pequeña bacanal. Ya que los accidentes abundaban, era preciso que no utilizaran sus trajes típicos para los ensayos de danza folclórica, sino que estos se reservaban para el gran día de la presentación, previo a la gran fiesta nacional, en la que en públicas reuniones, conciertos y ferias se terminaban de estropear.

Aún así, los más dedicados progenitores enviaban a sus niñas con primorosos peinados, tocados con cintas blancas y granates. Vladena había quedado impresionada al ver el arreglo que lucía su alumna Aina Vilcane, cuyo cabello castaño claro en dos trenzas subía en línea recta por la parte posterior de su cabeza.

- Necesitaré que tu madre me haga uno de estos – le dijo a la pequeña de rostro ovalado y boca pequeña que en ese momento sorbía con una pajilla el contenido de una caja de jugo de manzana.
- Mi mamá es peluquera – respondió Aina sin que sus dientes soltaran el tubo plástico, como si fueran a quitarle su merienda.
- Es realmente impresionante – oyó decir detrás de ella a una voz masculina, que resultó ser la de Minceviks. Vladena, que estaba hincada a la altura de su interlocutora, se puso de pie con dificultad, apoyándose en ambas manos.
- Me quedé entumecida – dijo a modo de disculpa, arreglándose disimuladamente el cabello a fin de ocultar algo sus mejillas

ruborizadas.

- Podría haberme permitido que la ayude. Quiere usted beber algo caliente? - le propuso él señalando el surtidor del que el alumnado se proveía de leche chocolatada. Ella asintió en silencio y él la invitó a acercarse a la mesa en que revoloteaban aún algunos niños. En otro extremo un grupo ensayaba bajo la supervisión de otra maestra una versión de la danza de "La feliz pareja".

Los vecinos que iban y venían por la calle le miraban casi de reojo, como a un ser espantoso y desagradable; un grupo de niños comenzó a gritarle palabras de escarnio y hacer gestos de burla, con los pequeños índices surcando el aire como agujas de coser.

- Déjales - dijo Marite con gesto desdeñoso. - Solo repiten lo que oyen de sus padres.

Nadie se ofreció a ayudarles. Tuvo que dejar a Marite apoyada contra el muro mientras ella abría la puerta de la casa.

- Mi hermano está otra vez en Riga, trabajando. - explicó Marite asiéndose a un colgador de ropa empotrado en la pared. La casa estaba pintada por dentro de amarillo pastel. Dos cuadros albergaban

antiguos afiches publicitarios, que bien podrían ser de principios de siglo. Uno ofrecía boletos de viaje en barco entre San Petersburgo y Amberes. El otro era un anuncio de un tónico "para la tos, gota y tuberculosis" llamado Hecatol. El rostro compuesto por gránulos de una mujer sonreía bajo un sombrero con bordes muy ceñidos a la cabeza, como un casco romano.

Vladena pensó en depositarla en el sofá que se veía a la izquierda, en la sala de estar, otra habitación primorosamente decorada, con jarrones de cristal y una lámpara con biombo hexagonal que colgaba del cielorraso. Pero antes que dijera nada Marite le indicó con el brazo la dirección que deseaba seguir. "Aquel es mi dormitorio", dijo señalando una puerta al fondo de la sala. Apoyada sobre el hombro de su improvisada enfermera, atravesó la estancia. Vladena pudo apreciar por un instante la cocina, del otro lado del corredor, y pensó en preparar el almuerzo para ambas luego de dejar a su paciente instalada en su cama.

- Ya conociste a mis vecinos - le dijo mientras sorbía el espeso potaje. - Habrás visto que no soy la más querida. Ni yo ni nadie de mi familia. Bueno, los que quedamos. Mis padres y mi hermana menor... Volvían de una fiesta familiar, una boda en Cesvaine... habían bebido y... se equivocaron de carril. Solo yo y Jakobs sobrevivimos.

Vladena escuchaba con la cuchara en la mano, inmóvil.

- Eso fue hace unos cinco años. Ya eramos mayores él y yo. Luego el consiguió este empleo... - se interrumpió para tomar otro sorbo y añadió en voz más baja -. Oficialmente trabaja en

la Administración del Tesoro Público, pero... yo sé que su trabajo real es... - con el dedo cruzado sobre la boca dio a entender la naturaleza confidencial de las tareas que Jakobs realizara en donde fuera que estuviese destinado al servicio de la patria. - Peor aún a los ojos de estos chismosos. Jakobs a veces se queda una semana, a veces desaparece tres... Llega a veces a medianoche y se va al amanecer... Si su trabajo se lo exige, así sea. No deja de llamarme al menos una vez por semana. Es todo lo que le pido.

Vladena no sabía con qué cara mirarle. Mantenía la vista fija en el plato, solo oyendo todo lo que Marite tenía para decirle.

- Te estoy contando demasiado de una vez - admitió. - Entiendo que estés asustada.

- No, no es eso! - se apresuró a responder Vladena. - Solo me sorprende que confíes en mí para contarme todo esto.

- No sería justo que no puedas al menos saber porqué esta pobre tonta no tiene alguien en casa que le ayude. Aunque en general estoy bien. Salvo cuando alguien intenta asesinarme - bromeó tocando con su pequeña mano el brazo de su enfermera.

– Alcánzame aquel libro, el de color de pan tostado – dijo señalando el estante que se encontraba frente a sus pies. Vladena se incorporó y tomó entre sus manos un grueso volumen titulado Memoria fotográfica de la Gran Guerra. Dentro del mismo, hacia la mitad del libro, se encontraba media docena de hojas de papel que correspondían a un extenso documento rematado con sellos gubernamentales.

- Una vez mi hermano se olvidó esto en la casa. Estaba libre y salió con una muchacha. Yo lo vi de casualidad, pero al leerlo... tuve que correr a la escuela a fotocopiarlo. Es que era imperdible.

Solo con ver la primera página Vladena comprendió el interés de Marite por el "papeleo" que Jakobs había descuidadamente dejado en su casa a la vista de su hermana. El famoso documento era nada menos que la transcripción de un interrogatorio realizado a un funcionario estatal, acusado de advertir al dueño de un grupo empresarial acerca de un inminente allanamiento a una de sus propiedades, en busca de "activos no declarados". Los inquisidores parecían, por el tono de la conversación, muy interesados en establecer la conexión entre este sujeto, a la sazón empleado de la administración de impuestos, y los jerarcas del citado consorcio comercial.

- Has oído acerca del caso Baltmarts?
- El qué? No, no, nunca... - respondió Vladena, cada vez más desconcertada.
- Baltmarts era una empresa fachada, que estos tipos usaban para lavar dinero no solo aquí... - explicó con un tono de escándalo confidencial como si hablase de un vecino que engaña a su esposa, y continuó diciendo – también para unos tipos de Suecia. Comercio internacional, eh?

Vladena frunció los labios sin comprender qué mayor importancia podrían tener las actividades fraudulentas de unos empresarios de Riga como para que una maestra de Smiltene en

cuyas manos habían caído esos documentos por casualidad se lo tomase como algo personal.

Depositó nuevamente el enorme libro en su lugar y se dedicó a examinar la herida infligida en la pierna de Marite.

– Vamos a cambiar este trapo por una venda decente.

Marite asintió y asistida por su enfermera se cambió de ropa, colocándose el pijama de color gris perla que se encontraba colgado en la puerta del armario.

Allí estaba su brazalete, brillando tímidamente bajo la luz del velador. Vladena se quedó inmóvil, como hipnotizada por su propia joya, el tiempo suficiente para que Marite, desde su cama, alzara a sus espaldas el cañon de una escopeta recortada. La improvisada enfermera no le oyó sacarla de debajo de la cama. Puesta su cabeza de lado, podía ver a la enferma forzando el peso de su trasero sobre el borde del colchón para sostenerse mientras apuntaba con un arma un poco demasiado grande y pesada para sus endebles brazos.

- Eras tú... En el automóvil...

- Era yo. El SAS de mi hermano... dos viejos confiables, él y su coche. Y tú... muy emperifollada para ser una maestra, compañera.

- Tú me seguiste...

- No tenía idea de lo que ibas a hacer - admitió bajando el arma al ver que Vladena no reaccionaba de la manera que ella esperaba, ni agrediéndole ni intentando huir. La conversación seguía en el mismo tono que habían usado antes. - Fue sólo... curiosidad. Te viste así a menudo? Sales a cazar hombres con ese atuendo?

- Ese hombre... solo ese...

- Y ya está muerto. Hiciste tu trabajo.

- Yo no pensaba matarle! - gritó de una manera que aterró a Marite y le hizo levantar nuevamente el cañón de la escopeta. - O sea, sí quería - agregó en voz baja... - al principio...

Marite le miró con el rostro endurecido por el dolor físico. Hizo descansar el arma sobre sus rodillas, las que comenzaron a temblar de manera perceptible para Vladena.

- Yo pensé que él te había atacado... que tú solo estabas... jugando a la pierna suelta... No creería que tú serías capaz de acechar premeditadamente a un tipo como ese. Y el brazalete, bueno, lo tomé para borrar la evidencia, proteger a quien quiera fuese aquella mujerzuela... pero no me imaginaba que serías tú.

Sus fuerzas se estaban agotando, y Vladena debió acercarse para colocarle nuevamente en posición horizontal, apoyando su cabeza sobre la mullida almohada. Marite miraba fijamente hacia el techo, como una muñeca, a la vez flexible e incapaz de mover sus propias extremidades.

Las miradas de ambos se cruzaron con frialdad. Su madre se apartó como si temiera que en algún momento uno de los dos desenvainara un arma. No se dijeron nada. Solo se midieron con la vista. Uldis echó los hombros hacia adelante, a manera de provocación, pero su hermano no cedió terreno. Su respuesta, su único movimiento, fue el de su brazo rodeando aún más de cerca el cuerpecito de su hija, que ajena al conflicto sorbía un pote de yogurt.

Por mera casualidad la mano de su cuñada había permanecido asida a un cuchillo del que estaba provista para cortar los trocitos de carne que su chiquillo iba comiendo. Lo soltó repentinamente al sentir sobre sí los ojos de Uldis. Éste se dio la vuelta y salió del apartamento, con Vladena siguiéndole, excusándose ante los demás. Las figuras antes inertes, hechizadas acaso por la gorgonesca mirada del hijo, del hermano díscolo, del tío desconocido, recobraron la movilidad.

- Crees que compartiría la mesa con alguien como él?
- Es tu hermano!
- Es un asesino, es lo que es. No dejes que su cara de inocente y su pose de padre de familia perfecto te engañe. Es una fachada. Ni siquiera mi madre parece poder ver a través de ella, pero yo... ah, yo! Si no lo conoceré... compartimos la misma sangre. Pero yo no soy como él.

Las cejas de Vladena formaron una línea recta que atravesaba su frente.

- No puedes perdonarle porque no puedes perdonarte a tí mismo.

Y no deseas que el obtenga perdón porque sientes que no lo mereces tú también.

- No lo merezco? Después de... aquello... me dices precisamente tú que no lo merezco?
- Yo no te pedí nada. Te lo agradezco todo, de corazón, pero no es que lo haya pedido. Te seguí, te obedecí, confiando en ti, y agradezco haberlo hecho. Porque en el fondo, cuando te vi, supe que eras bueno. Tú tienes una fachada, una imagen falsa de ti mismo que proyectas al mundo. Pero yo vi lo bueno en ti.
- Soy un mentiroso acaso? O lo que quieres decir es que soy débil?
- Eres... no sé cómo más decirlo, eres bueno... pero también eres inteligente. Sabes que el mundo pulveriza a la gente buena y mansa como tú. Y por eso necesitas aparentar... lo que se ve.

Uldis quedó pensativo, con los brazos en cruz, desarmado por la suave cadencia de las palabras de Vladena. Cuando ella quería podía decirle verdades que calaban muy hondo, entre las rendijas de su aparente impasividad. Le dolían en cierta forma, porque venían de una persona a la que jamás podría odiar. Y para cuyos ojos deseaba ser el mejor hombre del mundo, pero también quien le proveyera seguridad y protección. Si Vladena creyera que el era incapaz de entregarle eso...

- Puedo... intentar hablar con él. Pero me parece mejor, en caso de que fracase, que no seas testigo de lo que ocurra. No quiero decepcionarte. En cuanto a mi madre, ella solo nos echará un

balde de agua fría – añadió, y ambos rieron.

- Puedo ir esta noche a casa de Marite.
- Es la rubia atractiva? - preguntó Uldis con los dedos en la barbilla, aparentando interés.
- Esa es Pauline! Y no la mires, nunca, jamás! - rezongó Vladena fingiéndose ofendida, golpeando con sus puños suavemente el pecho de Uldis.

A Vladena le dolía que Uldis pensara lo que no dijo con palabras, pero sí en el contexto general de la conversación. "No entiendes nada". Ella no entendía? Después de cuatro años mal contados en una situación de dependencia voluntaria, en la que el hombre que debió matarla le dio una nueva vida, incluso con documentos, falsos por cierto, pero que le dieron un nuevo nombre y una nueva oportunidad, asumiendo ella por agradecimiento y simpatía el rol de cuidadora de la señora Iriza. Ella que le oía suspirar y rezongar por el camino que habían tomado sus hijos, y que fingía no sentir nada por no preocupar a su huésped. Ella no entendía? Para un hijo que visita a su madre una vez cada tres meses, y no telefonea más que una vez por semana como máximo, era fácil decirlo.

En esto pensaba mientras se dirigía a pie, pateando los montoncitos de nieve, hacia la casa de Marite. Estaría ella despierta? Al llegar pudo ver que una luz del interior estaba encendida; el resto de la casa en completa oscuridad.

Un hombre algo más bajo que ella, de rostro cuadrado con barba

entrecana y cabellos rizados algo despeinados, que comía un trozo de tarta, abrió la puerta. Vladena intentó identificarse, pero las palabras no salían de su boca. Antes que el anfitrión perdiera la paciencia, Marite, vestida con una especie de pijama de color y textura de oso pardo, salió en dos saltos a la puerta y la arrastró hacia dentro, sonriendo con picardía a su hermano por toda respuesta.

Éste parecía acostumbrado a las chanzas y desvaríos de Marite, aunque invitar a una desconocida en la madrugada de Año Nuevo era un poco demasiado para aquella pareja de hermanos acostumbrados a la reserva absoluta.

- No adivinarás quién es – anunció ella triunfante. Vladena sentía cómo sus ojos sin querer se estaban saliendo de sus órbitas. Iba a decirle... aquello... a él? Salvando las distancias, era como que Lois Lane en un acto de audacia etilizada revelara que Clark Kent era Superman. Aunque el rol heroico, si lo había, no era el suyo. Vladena Privrilova había llegado a existir por mero accidente. Gracias a la no-muerte de...
- Laumina Zuromska.
- Tú?? - dijo entonces aquel sujeto enfundado en un suéter blanco con vivos azules, mirándole por todos los costados como a una nueva especie de mamífero recién descubierto.
- S- si. Y usted es... Jakobs? - respondió la aludida mirando por encima de su hombro, lo que no era demasiado difícil, hacia su colega, quien acababa de despojarle de la personalidad que

durante un buen par de años se había esforzado en construir para "encajar" en aquel rincón tan lejano a su Jurmala.

- Exacto – dijo él como si no tuviera importancia, sin dejar de observarle de arriba abajo. - Fascinante, verdaderamente fascinante – agregó dirigiéndose a su hermana, como si ésta hubiera hallado en el bosque alguna alimaña que se creyera en peligro de extinción. - Lo siento querida, pero fuerza es decirlo, hemos seguido tu caso durante años con mucho interés, y ahora al conocerte... - Se volvió una vez más hacia su hermana. - Cuando lo supiste?
- La primera vez que la vi sentí algo extraño, como si fuese una persona que conocía de antes. Recuerdas aquel taller pedagógico en abril, cuando formamos grupos de tres y trabajamos con un formulario de preguntas? No estaba contigo, pero sí en la mesa vecina. Y al oírte contar tu historia, pues, algo no me cuadraba. Y nunca lo hizo... hasta ahora. Ahora entiendo todo. - El tono pseudocientífico con el que describía su descubrimiento cambió tan rápido que sorprendió a Laumina. - Queda algo de sopa de pollo, y tenemos tarta de frambuesa. Quieres té o café?

Jakobs tomó entre sus manos un volumen de relatos humorísticos, el que enseñó a su invitada.

- Es lo que leemos en noches como estas.
- Tienes que oírle – añadió Marite. - Es el verdadero hombre de las mil voces.

- Prometer? Uldis? Y tú le has creído? Estás peor de lo que pensaba. Querida, Uldis es el campeón de las promesas incumplidas!

Uldis y Gregors Gluhovs nacieron a la vida de las armas casi al mismo tiempo pero en direcciones muy diferentes, si no opuestas.

Mientras el mayor se unía a las fuerzas armadas, siguiendo el ejemplo de su padre, dando ambos prioridad al cumplimiento del deber y a la realización personal antes que al susurro de la sangre letona que a muchos les incitaba a evadir la conscripción, Uldis, tras fracasar en sus primeros intentos de hacer carrera como dependiente de tienda o despachante de mobiliario para oficinas, tuvo la ocurrencia de oír y considerar el consejo de un conocido que le mostró una manera, si moralmente menos correcta, también físicamente más penosa de hacerse con el dinero que con premura necesitaba procurarse, ya que su vida se había convertido en una transhumancia permanente, de refugio en refugio. Pronto adquirió las señas de identidad del submundo urbano de la agonizante sociedad soviética; su descenso a la clandestinidad culminó en un encuentro fortuito, en un tugurio en Jelgava, con un "soldado" de bajo rango de Valentin Schimorodev, a quien defendió de otro sujeto que intentó atacarle por la espalda. Por su audacia fue recompensado con un puesto en la cuadrilla de matones del citado patriarca del comercio en ambos mercados, y en eso estaba cuando su destino y el

de la entonces conocida como Laumina Zuromska se cruzaron.

La carrera de Gregors, por su parte, experimentó una transición para nada fuera de lo común entre el Ejército y la sección letona de la Agencia de Seguridad Estatal. Si hubo un camino descendente, este lo llevó hacia los cuartos subterráneos, a los calabozos privados de toda luz natural y cuyas paredes estaban aisladas del ruido de las calles y a su vez no dejaban traspasar las voces de guardias, prisioneros y especialistas en técnicas de interrogación como él mismo. Se especializó en métodos de desgaste para doblegar voluntades. En el crepúsculo de la administración soviética, fue parte de la última generación de "funcionarios" que con diversos métodos intentaban reprimir lo inevitable. Él y sus camaradas fueron los hacedores de los últimos mártires de la resistencia. Cuando todo se desmoronó, Gregors se retiró de la Agencia y junto a su entonces prometida adquirió y comenzó a administrar un vivero. Y como un humilde emprendedor se presentaba ahora en casa de su madre, con su esposa y sus hijos. Una pareja de mellizos, Zafire y Olafs, de cinco años de edad, llevaban en sus facciones el augusto porte de sus ancestros por línea materna, pero sus ojos, esas miradas torvas, enérgicas, como la de quien está planeando asestar un golpe mortal sobre una víctima desprevenida, los habían recibido de su madre, una muchacha de hombros caídos y piernas enclenques que parecía abrumada por la vida misma. En esos ojos que inquietaban a su suegra se adivinaba un deseo de venganza contra un sino adverso. Acaso aquella mujer buscara desafiar a Dios mismo, ofendida con él por haberla creado en aquellas condiciones.

- Voy a morir – dijo con voz ahogada por la incipiente tos. - Es mejor que hagamos esto ahora, o no sucederá nunca. Cuéntamelo todo.
- No quiero pensar que me dejarás solo, después de todo lo que hemos pasado juntos. No puedes hacerlo; no te dejaré hacerlo.
- Yo tampoco quiero dejarte pero... entiendeme; duele demasiado. Ya no puedo más.

Marite hizo un gesto de profundo dolor, oprimiendo su pecho con la mano que tenía libre, mientras su hermano le acariciaba la diestra, aquella mano cuyos dedos flácidos y pálidos se posaban en los peludos nudillos.

- Jakobs... no perdamos tiempo en lamentaciones. No sirve de nada. Esto es lo único que puedes hacer ahora por mí. Cuéntame, Jakobs.

Traicionaría él el silencio que juró guardar acerca de la naturaleza de sus actividades? Se daría cuenta Marite si él omitía algún detalle o cambiaba su versión de los hechos? Frente a la realidad inminente de su separación, le sorprendía al mismo Jakobs la ocurrencia de estas preguntas, que le impedían abrir la boca y cumplir con los deseos de su agonizante, y amadísima, hermana.

- Te acuerdas de Surhanov? Aquél de las zapatillas de colores brillantes?

- Si, recuerdo – respondió ella como a una pregunta obvia. - Jugabas al dominó con él.
- Exactamente, en el bar de Buhans. Fue en una de esas noches, cuando yo acababa de salir de la Universidad, que lo encontré allí...

Partiendo de este encuentro fortuito con un antiguo conocido, Jakobs

comenzó a narrar de qué manera las puertas de un anti-mundo, el de los vigilantes y testigos de las actividades más deshonorosas de los ciudadanos, incluyendo sus líderes, se abrieron ante él. Surhanov, funcionario de la división Catastros, reclutó al joven licenciado para formar parte de su equipo de detección de adquisiciones y traspasos irregulares, un asunto más delicado aún en los años de la privatización masiva de antiguas empresas estatales soviéticas. Jakobs se familiarizó tanto con los procesos y con el lenguaje técnico empleado en las oficinas gubernamentales, como con ciertos nombres, que se repetían una y otra vez; “inversionistas” que habían alcanzado gran notoriedad en poco tiempo, en el prometedor nuevo horizonte económico, y acaparaban los mercados inmobiliarios poniendo sobre la mesa exorbitantes sumas de dinero de dudoso origen. El representante del representante del representante. Un juego de espejos sin fin que impedía, deliberadamente o no, conocer la fuente de aquellas divisas; al hombre de camisa y pantalones de golf que desde su mansión garrapateaba la primera firma, el que hacía la primera llamada. Jakobs Mizis se unió a la variopinta cuadrilla que buscaba el final del ovillo.

Allí se encontró con el amor de su vida: la Nikon F401.

En su último estertor, Jakobs pudo oír a Marite, cuyo rostro pálido y ojeroso expresaba una extraña paz, decir:

– Mamá... papá...

Y luego mientras su frente se contrajo en un gesto de extrañeza:

– Mayka?

– Mayka? - repitió Jakobs, sorprendido también de que Marite mencionase a la compañera canina de su infancia. Su hermana no pudo explicárselo; su voz se había apagado para siempre.

Por la ventana comenzaron a asomarse las luces del amanecer. El sol semiescondido tras las nubes saludaba a quien no se levantaría ya para verle brillar.

Vladena bebió en exceso aquella noche, y vencida por el peso de su tristeza se dejó caer en el sofá, mientras Jakobs ocupaba el cuarto contiguo.

Ella apuró un vaso tras otro de aguardiente mientras contemplaba las facciones ahora esculpidas en una marmórea, blanca efigie.

Ambas habían cumplido su promesa la una con la otra. Y como símbolo de aquella lealtad, el brazalete con la V ahora adornaba el mustio brazo de Marite.

Al día siguiente aquel cuerpo descendería a su postrer morada. Pero por ahora aún estaban juntas. Poniendo uno de los pequeños vasos en su mano flácida, Vladena brindó por ello junto a la difunta, y luego engulló el contenido del suyo y de el de ella.

Los asistentes se unieron en un coro, entonando una antigua canción acerca del amor filial más allá de la tumba; una elegía de un hijo desolado por la muerte de ambos padres al mismo tiempo. Un canto de pena y esperanza a la vez. Las lágrimas de Jakobs caían sobre el féretro mientras lo alzaba, junto con otros maestros de la escuela. Una ráfaga de viento descendió sobre ellos mientras ingresaban el cuerpo de Marite en su lugar de reposo eterno, junto a sus padres. Vladena apenas podía sostenerse, y apoyada en Pauline se inclinaba hacia el suelo que su amiga habitaría desde ese día en adelante.

De manera espontánea se oyeron débiles aplausos, tímidos. Con ese gesto despedían algunos a quien les dejaba acaso demasiado pronto, pero cuya huella permanecería indeleble en sus recuerdos.

Vladena se desasíó del brazo de Pauline mientras estas iban camino de salida del cementerio.

– Voy a buscar a Jakobs – dijo. - Debe de necesitar apoyo.

– Pero si tu misma apenas puedes caminar – replicó Pauline.

Vladena la tranquilizó con un apretón de manos y una forzada sonrisa.

Comenzó a retroceder con paso incierto entre las tumbas; mas a mitad de camino se detuvo. Oyó su voz entre el silbido del viento; creyó haber oído mal, pero nuevamente percibió su antiguo nombre pronunciado en un susurro.

- Laumina.

No necesitó darse la vuelta para reconocer a la persona que le llamaba. Sintió el aura de su presencia que le envolvía como antaño y le daba entonces como ahora una sensación de completa seguridad. Sintió la fragancia en el viento, desprendida de aquella cabellera. Y la mano que se posó sobre su hombro, cinco dedos delicados y de suave contacto, al tiempo que la voz, tan dulce como había sonado en su memoria, en sus sueños, volvía a llamarle:

- Laumina.